

Silvia R. Court

# VESTIDA DE MIEDO



**ME**  
MERCURIO  
EDITORIAL



*Silvia R. Court*

VESTIDA  
DE MIEDO



© del texto, Silvia R. Court, 2020  
© de la edición, Mercurio Editorial

Maquetación: Jorge A. Liria  
Diseño cubierta: Julián Cardeñosa  
Corrección del texto: Jorge A. Liria  
Cuidado de la edición: Jorge A. Liria

Primera edición, febrero 2020

**Mercurio Editorial**  
Oficina comercial  
c/ Berbiquí, 17-19  
Polígono Industrial Santa Ana  
28529 Rivas-Vaciamadrid (Madrid)  
[www.mercurioeditorial.com](http://www.mercurioeditorial.com)



ISBN: 978-84-17890-66-7  
Depósito Legal: GC 056-2020

Impreso en Reprográficas Malpe, SA  
Calle de la Calidad, 34  
Polígono Industrial Los Olivos  
28906 Getafe (Madrid)  
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para ellas, mujeres vestidas de miedos, mujeres desnudando temores.



Agradecimientos

A quienes me dan aire y alas.

Agradecer especialmente a Fernando Pellicer Melo sus aportaciones y apoyo. Él me animó a concluir esta novela.

El miedo

No fue nunca.

... Lo pareció tal vez de tal manera  
que un instante la boca se nos llenó de tierra  
como a los muertos...  
¡Pero no fue!... ¡Ese día no existió  
en ningún almanaque del mundo!...

De veras, no existió... La Vida es buena.

Dulce María Loynaz

VESTIDA DE MIEDO

---

Estimada doña Irene. Me dirijo exclusiva y expresamente a usted para presentarle mis disculpas.

No ignoro que ya es demasiado tarde. Lo escrito, escrito está. Y la editorial no me ha permitido introducir ninguna corrección más ni tampoco adelantar el fragmento —uno de los últimos de esta novela— donde le ruego acepte mis excusas.

Me han autorizado este espacio breve y limitado en el número de líneas para transmitirle mi pesar antes de que se adentre en la lectura de estas páginas y termine usted disgustada. Si lo considera pertinente, adelántese a conocer el fragmento antes mencionado donde repudio las descalificaciones tópicas y manidas.

¡Con los miedos no se juega! Lo siento, doña Irene. De veras, lo lamento.

Mi madre, Edeltraud, —yo la llamaba por su nombre— sostenía su dedo índice extendido en el aire como si deseara reafirmarse en la frase recién pronunciada: *es una época la que acoge a cualquiera al nacer sin posibilidad de elección alguna*. Sin pedantería añadió: *Hannelore, hija, sin embargo ovillarse en la queja no reporta ninguna solución*.

Ella, testigo de una derrota, reclamaba emerger a la superficie y defender la vida frente a aquellos que se empeñan en asfixiarla, hundirla. Rescatar de los escombros el ayer, sin ánimo de reparar errores, porque a los equivocados les concedieron el triunfo, la victoria y la razón.

Yo, afortunada desde la cuna, testigo de una infancia, adolescencia y juventud sin altibajos, ajena a los peligros y convulsiones de cualquier otra generación, habité una especie de limbo, desconectada de la realidad exterior y recluida casi por voluntad propia.

Volver a instalarse en el hoy —de eso se trata, diría mi madre— escapando por fin del destino y construyendo otras reglas del juego, otra escala de valores, y sobre todo curar esas emociones enfermas, podarlas, sanearlas desde la raíz para que broten con fuerza y en una nueva dirección.

¡Cuánto me habría gustado desandar el camino!, Edeltraud, pero todo sucedió tan lento y tan rápido. Veintidós años bajo un mismo techo es mucho, es nada, me digo este doce de noviembre, fecha de mi cuarenta y siete cumpleaños.

En esta habitación llena de polvo reina la luz. Te imagino mirándome fijamente a los ojos, sin parpadear, formulando cada pregunta respetuosa, con tacto y comprensiva mientras me pides en tono amable *hija, cuéntame desde el principio hasta el final*.

Conocí a Arnau por casualidad. Me invitaron a una celebración en casa de una amiga. Noté cómo se fijaba en mí mientras yo fingía no darme cuenta. Me recogía el pelo y me lo soltaba. Sosteniendo la copa de vino con delicadeza, la acercaba despacio hasta los labios. Me situaba en un ángulo en el que pudiera verme. En ocasiones pasé a un segundo plano detrás de alguna persona. Entonces él, estirando el cuello, me localizaba. Y así seguía divertida con aquel juego. ¿A quién no le gusta agrandar? Y allí él no pasaba desapercibido. Tocaba la guitarra y cantando con una voz grave iba entornando los ojos. Se convirtió de improviso en el centro de la fiesta.

De regreso me acompañó hasta el zaguán. Acordamos volver a vernos una vez, otra vez, y aunque a mí no me atraía, tampoco me desagradaba. Era apuesto y extrovertido.

—*No puedo vivir sin ti.* Me abrazaba mimoso al despedirse. Recibía frecuentes elogios y regalos. Junto a él me hallaba a salvo, pero ¿a salvo de quién?

Me dejaba querer y, por qué negarlo, me encariñé.

Me casé con Arnau porque él insistía. ¿O por cabezota? Había cumplido veintitrés años. ¿Enamorada? ¡No!, pero dejándome llevar por la impaciencia de mi corazón, un corazón desbocado presto para entregarse sin freno a vivencias distintas.

—*Solo tú me importas. Anda, siéntate aquí.* Arnau se recostaba en el sofá, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—*¿Es una petición o una orden?*, le respondía entre bromas y veras. Iniciábamos conversaciones largas y entretenidas sobre el pasado y el futuro, sobre el arte y la cultura. Él descorchaba una botella de champán o de vino, encendía velas —le gustaba observar cómo se derretía la cera— en un ambiente muy distendido.

Estaba muy pendiente de mí, de los cambios de peinado, del estado anímico y de los pequeños detalles. Cuando le mencionaba el título de un libro, acudía sin demorarse a comprarlo para complacerme. Puede ser que por ese, por esos motivos, me ocupara tanto de él. Y porque le quería. Le quise.

Los meses sucedían unos a otros. Sin saber por qué las veladas amenas se fueron distanciando. Nosotros, también.

Arnau se cogía rabetas con mucha facilidad. Extrayendo un pelo de la sopa, lo agarraba entre las uñas para enseñármelo. Destapando el caldero, decía: la comida tiene un aspecto raro. Me lanzaba el humo de los cigarrillos a la cara y bebía, a solas, ron y ginebra, más de la cuenta. Su aliento apestaba a alcohol.

Modificó el trato que me dispensaba al principio. No se produjo de inmediato, aunque mi memoria me traicionase y se estancara en los últimos tramos de la relación. A los descuidos se le añadieron quejas, indiferencias, desprecio hacia mis asuntos. Se mostraba malhumorado y perdió la sonrisa. Me trataba al trancazo. Se burlaba de mí soltando carcajadas estridentes. Mudo, a mis buenos días, mudo, a mis buenas noches, mudo, a cualquiera de mis preguntas.

Le dio por hurgar entre mis escritos y toqueteaba los objetos de las repisas. No opuse ninguna resistencia porque no tenía nada que ocultar. Con una salvedad: las cartas de mi madre, Edeltraud.

Arnau controlaba el dinero, profería insultos, me humillaba. No aprendió mi idioma, pero sí algunas palabras. Me puso el apodo *Trockene Rosine* (pasa seca), un mote escogido ex profeso en alemán con la intención de avergonzarme.

¿Dónde quedaba el Arnau de aquella fiesta? Él ya no era sencillamente el mismo. Y yo había aceptado obnubilada alojarme lejos de mis amigos, de mi madre, de mi ciudad.

¡Menos mal que el puente entre Edeltraud y yo no se destruyó! Aquel intercambio de cartas me devolvía el antes que había dejado atrás, aminorando ese sentimiento de privación de mi libertad, por estúpida, por no atender tus consejos, Edeltraud.

A kilómetros de distancia y con el alma rota temblando de miedo doy fe de cómo me protegiste y cómo me proporcionaste consuelo.

¿Cómo se las ingenió Arnau para atarme de esa manera?

Todavía desconozco las causas que me empujaron a un repliegue, a algo mucho más que un repliegue. Admito que fui permisiva, conformista y muy ingenua.

Recuerdo recibir los viernes —o lunes, si el correo se retrasaba— correspondencia de Edeltraud. Me tomo tiempo para leerla. Abro el ventanal y me acodo.

Las cartas le ofrecen una oportunidad para recrearse en la escritura. Sus misivas están bien escritas. Describe el frío largo del invierno, el amanecer oscuro, el reflejo de la vejez en su rostro, cualquier otra cuestión, con dosis de humor y picardía. Transmite vitalidad.

En más de una ocasión relata *flashes* de situaciones vividas. *Todavía escucho bombas y el sonido de las sirenas. Se oían en la ciudad anunciando el peligro. La gente se apresuraba a buscar refugio a oscuras en los Keller. Aquellos sótanos nos salvaron de la guerra, pero no del horror. Y añade la coletilla, menos mal, Hannelore, que esa es una época ida, que solo regresa caprichosa a mi memoria.* Y así es. De adolescente bajé casi a diario al Keller. Allí se entremezclaron esas escenas narradas por Edeltraud con estantes repletos de frascos de mermelada, con herramientas, con bicicletas, con ropas y alimentos. Los Keller dejaron de ser refugios y se convirtieron en un espacio más de cualquier vivienda.

Respondo puntual a sus cartas. Miento. No menciono los días cansinos y repetitivos. Y menos aún este miedo que me mira de frente cada mañana al despertar. No le cuento que estoy triste, que me siento sola, más abatida que nunca.

Prefiero desdoblarme entre la que soy y no soy. Escribo y me convierto en alguien que deseo ser, en la que fui, disfrutando del vértigo sin desplomes, sin nada que me derrumbe. Muestro una mujer exenta de preocupaciones y satisfecha. Vivo en un lugar amable donde la hostilidad no tiene cabida.

Permanezco junto a un libro abierto, sentada en el sofá, en forma de ele, el cuerpo extendido, los hombros algo elevados por un cojín y la cabeza medio apoyada en el respaldar. Los pensamientos se balancean de sueño en sueño, de espejo en espejo. Paisajes verdes y frondosos desfilan a mi alrededor y me trasladan lejos, muy lejos de este salón. Y allí, se multiplica la dicha, como si pudiera entrar y salir de todos los cuadros de un museo de París. Perderme en el Museo del Louvre, en el de Rodin, pasear por el jardín del hotel Biron y descubrir la escultura «el Beso», apreciando cómo quedan fundidos en un abrazo. Sentir cómo se desatan pasiones y se desinhiben instintos. Transitar las calles anchas, acudir al encuentro de artistas, de cafés con intercambio de palabras, textos literarios, discusiones en la búsqueda del estilo, del ritmo y de la estética.

Al salir del desdoblamiento retorno a lo que yo denomino la realidad tediosa, el mundo del

bostezo: me sumerjo en una apatía y cansancio extremos, en el fastidio y la desgana por alguien que ya no me interesa, que me repugna y detesto.

Ignoro cómo matar el tedio, cómo quitarme de encima tanto aburrimiento y a un hombre egoísta, mezquino, egocéntrico.

Me miro en el espejo y mi aspecto es desaliñado. La piel de los párpados inferiores se ha abultado y se asoman unas bolsas y ojeras muy marcadas. El cabello blanco en las sienes se mezcla en una proporción mayor con el cabello castaño.

Me retiro de una manera instintiva del espejo. En el fondo se proyecta de nuevo la mancha gris. Él no está, pero pretende que ella ocupe su sitio. Hasta entonces solo era visible en su presencia. Doy un salto y me siento en un rincón. Me asalta el miedo mientras repito: *no te puedes dar por vencida*.

No sé lo que pasa pero la mancha ha desaparecido.

No tengo ganas de nada. O sí. Volver atrás y abandonar este profundo y enorme vacío.

Los hombres son más propensos a las canas, eso dicen. Arnau tiene una cabellera negra, tan negra como su alma.

Estar en vilo cuando me acomodaba debajo del edredón era angustioso, aún a sabiendas de que todo sucedería muy rápido. Pero lo peor se desencadenaba al terminar. Manoseándome sin escrúpulos se montaba encima de mí y jadeando me penetraba. Iba directo al grano, sin rodeos, y yo fijaba la vista en el techo a la espera de que finalizara. Permanecía inmóvil con las piernas abiertas. Cinco minutos, apenas siete minutos, quizá tres, observando contenida la mancha gris en lo alto de la pared, siempre esa misma mancha, siempre en la misma pared. No quería apartar los ojos de aquel espacio pardo si no se apagaba su repugnante jadeo.

*Pareces una tabla, eres una frígida*, se prodigaba en insultos. A mí no me dolían ya sus palabras.

Aquel líquido espeso entre los muslos me provocó insistentes náuseas con arcadas. ¡Sentía tanto asco! Sentada en el bidé, dejando correr el agua, me frotaba con las manos hasta quedar limpia de él. Con el dedo índice extendía detrás de las orejas una crema aromática para alejar el olor que impregnaba mi piel.

Volví a la cama sin prisas. Solía demorarme adrede en el cuarto de baño. Los ronquidos no tardaban en aparecer. Me encogía y ocupaba el filo del colchón. De ese modo evitaba cualquier roce corporal y podía rehuir su mal aliento. —*Este hombre apesta, huele a tabaco viejo, rancio*—. Le lancé reproches en silencio, dándole la espalda.

Con frecuencia padecía insomnio. Aprovechaba la ausencia de Arnau para descansar. Recostada quedadamente con los brazos cruzados y los pies desnudos no conseguía relajarme. Las horas cansadas pendían antojadizas del techo. Esas malditas horas, matemáticamente descifrables, se amontonaron debajo de la sábana y fuera de ella, sesenta minutos, tres mil seiscientos segundos, no sabía cuántas milésimas de segundos, vuelta y dale, a seguir sumando tiempo, más tiempo, y yo sin pegar ojo.

En aquella habitación en penumbra se deslizaron ecos de Arnau, rostros y voces antiguas. Tantas imágenes engullidas de esa forma me provocaron indigestión y llenaban mi cama de miedo y de ruido.

Tomaba ansiolíticos y aún así me costaba conciliar el sueño. Sumida en un duermevela y procurando no aproximarme ni una pulgada a Arnau lo menospreciaba por otorgarse *motu proprio* el derecho a dormir y a no dejar dormir, por obligarme a una farsa mientras él disponía caprichoso de mi cuerpo, sin piedad, sin mi permiso, tirando por el wáter los modales refinados que exhibía fuera de esa casa. Velaba celosamente por su buena apariencia.

Deseé enfermar para acostarme en otro cuarto. Me libraría de la mancha y de Arnau. Simulé a menudo encontrarme indispuesta. Sin embargo, la mancha gris se insinuaba también en la otra habitación. Despierta traté de apartarla. Imposible borrar esa imagen en la cabeza y tuve la sensación, un vago presentimiento, de que la mancha me vigilaba.

Odié su dormitorio, aquel dormitorio, cualquier dormitorio.

Descubrí la mancha por primera vez fuera del dormitorio aquella mañana. Apareció borrosa en el techo. Cayó una gota, miré hacia arriba y vi como se filtraba la humedad. Recuerdo cómo la mancha se dibujó en un rincón de la pared blanca de la habitación vacía. Hoy no sé si falló mi plan, si no encontré la respuesta esperada o si fui una tonta, una ilusa.

Había caminado con el miedo pegado en la punta de los pies. Allí, en la sala, en penumbra, transcurrían las horas muy despacio. Sucede a menudo cuando ningún detalle logra distraerme. Entonces las agujas del reloj avanzan lentas y pensar demasiado perjudica.

Respiré hondo. Intentaba controlar desde lejos el movimiento de los agentes.

Aquel rostro con ojos azules descoloridos no se identificó.

—¿Hannelore?—

—Sí, con hache y dos enes.—

Temblorosa me levanté del asiento. Unas risas retumbaron a unos metros de la estancia.

—¿Puede explicar para qué ha venido? ¿Tiene nacionalidad española? ¡Muéstrame su carné de identidad!—

Rebusqué nerviosa la documentación en la cartera.

Con los zapatos clavados en el suelo no logré desprender ninguna frase de mi boca. La saliva se espesaba y yo gagueando permanecía al acecho, por si acaso. El policía formulaba las preguntas en un tono subido, casi rabioso.

Retrocedí discreta buscando patosa la puerta de salida. Escuché zumbidos en el oído y algo mareada conseguí abandonar la comisaría.

Todo se tornó gris: la tarde, el aire, las nubes, la niebla, esa mancha que apareció de improvisto.

Mis ojos tan solo vislumbraban siluetas delante de mis pisadas. Corría ciega, perseguida por el pánico.

*No aparté la mirada de un punto de luz. Temía perderlo y no encontrarlo nunca más. Me aferraba a él como si tratara de esquivar las ideas fijas, esas que desembocan sin darme cuenta en angustia,* escribí en mi diario.

Recurrí a la palabra *angustia* para describir esa sensación de lengua pastosa y de ardor que oprimía mi garganta, sin pararme a pensar en su significado. Posteriormente me acordé del título de la novela de Stefan Zweig, *Angst*, y relacioné ambos términos.

*Angustia*, del alemán, *Angst*, un concepto que en la actualidad se traduce como *miedo*. Uno y otro definían a la perfección ese malestar psicológico y las alteraciones sufridas en mi organismo mientras esperaba en aquella sala fúnebre.

Le había enviado a mi madre el libro *Angst* por correo postal. Era su cumpleaños y a Edeltraud le gustaba leer a Stefan Zweig. A mí, también.

¡Claro que no son comparables ambos miedos!, el de doña Irene, la protagonista de *Angst*, y el mío. Acude asustada a cada una de las citas. La veo parar un taxi pronunciando con determinación *por aquí, por favor*; posponiendo el pago con cualquier excusa. Comprueba. No quiere de ninguna forma tropezarse con algún conocido. Se baja del vehículo.

Con la mirada recogida y el flequillo en la frente se dirige al portal. Lleva gafas de sol y cubre su pelo con un pañuelo liso y discreto. Tirita, suspira, arde de pasión por dentro. Me la imagino sudando y pálida. Sopla un viento fuerte y se agarra el pañuelo, como quien se agarra a un salvavidas. Hace un

seguimiento de lo que se mueve en los alrededores, comedida, sin llamar la atención.

Sube la escalera donde vive su amante y se apodera de ella un miedo absurdo. ¿Y si alguien se asoma y la reconoce?

Ese miedo inicial se disuelve fugaz en el cálido abrazo con el que se saludan y con los continuos besos que, se supone, se dan. ¿Acaso no es ridículo e infundado su miedo?

Rememoro el interrogatorio. Desde la sala vacía observo los pasos militarizados de los policías y la pintura descascarillada por la humedad. Sobre la pared blanca se proyecta de nuevo aquella mancha gris. Alrededor de los bordes se forman unas líneas negras. Parpadeo con la intención de despejar el susto y la negrura que me asaltan. Trato de impedir que el miedo se apodere de mí. En vano intenta mi cabeza disolver esa imagen: en cuanto logra eliminarla, aparece otra vez.

¿No había sido esa mancha en alguna ocasión un refugio para mí?

Reparo en el policía uniformado y advierto cómo descansa una mano sobre el arma que tiene en el cinto. Se desvanecen las frases que memoricé cuidadosa para evitar enredinas e ir al grano. Ensayé qué decir y cómo.

*¡Y total, para qué! Cualquier tentativa de explicar, aclarar, exponer, caía en saco roto. ¡Y encima, ese miedo!, oprimiendo mi pecho.*

*Otros escogen a su antojo si vuelven a casa o no, con mucha suerte, en una vida regalada y carente de peligros, como doña Irene. No estaba dispuesta a poner en entredicho su dulce hogar. Experimentaba un escalofrío al pensar en el amante y su aventura y un tibio bienestar por la placidez en la cotidianidad junto a su marido, escribo ahora en mi diario.*

—¿Y por qué no lo ha denunciado nunca?—, me espetó el policía. Y de repente planearon las amenazas por doquier en aquella superficie opaca.

¿Me iba a prestar ayuda alguien allí? En la comisaría no encontré auxilio. Hallé rastros de un pasado confuso en la memoria, cierta similitud entre la *Wehrmacht* y esa unidad policial.

Es probable que me acordara de mi madre, Edeltraud, por la vestimenta de los guardias. Las insignias sobre sus ropas eran muy parecidas a las que exhibían los soldados del ejército. Mi madre

repudia cualquier rango o signo de distinción sobre los trajes y las gorras; repudia al águila con alas abiertas agarrando una corona o la expresión prepotente de un teniente sabelotodo.

Imagino la voz rajada de Edeltraud narrando estremecida la cercanía de la muerte, aquel amanecer colgado del anzuelo. El hermano de mi madre, Gustav, se persigna, reza apenas sin fe, pero reza. Desde la tierra engulle el desgarró entre los dientes. *Never more, nie wieder*, pronuncia moribundo arrancándose la medalla del pecho.

Recuerdo de pronto la lluvia mansa humedeciendo el asfalto. La tarde se ha apagado de un modo brusco. El cielo se ennegrece. En la calle se acumula barro y fango. Se despliegan los paraguas y desfilan figuras sin nombres, buscando tal vez un sitio donde resguardarse. Ecos antiguos se agazapan en relámpagos y truenos salpicando mi mente. Reconozco esa lluvia de noviembre; se paseaba por la ventana de mi infancia. Me devuelve el otoño de antaño, la estación en la que fui muy feliz. Veo las gotas en los cristales cayendo no se sabe bien dónde. Igual que este repentino llanto. Me siento abandonada, como una niña desvalida que desea salir corriendo, sin rumbo, rezumando angustia.

Añoro las aguas tibias de mi infancia. Detesto el aguacero gris que descarga con fuerza en el jardín. Gris como la mancha. Tras la verja, Arnau. No logro olvidar aquella escena. Él, similar a un guardaespaldas, lee el periódico en aparente estado de quietud.

Arnau acostumbraba dormirse enseguida. Yo permanecía en un duermevela con pequeños sobresaltos. Aunque casi nunca miré la mancha de manera directa, fui a menudo consciente de su presencia. La percibía como una sombra oculta, borrosa pero reconocible en ese dormitorio. Cuando la luz se colaba por las persianas me hacía la dormida. Me levantaba al oír el portazo y al sentir cómo descendía el ascensor. Entonces él ya no estaba. Y la mancha tampoco.

La mañana se había descalzado y me concedía por fin una tregua.

Ambos éramos muy jóvenes cuando nos casamos y él se comportaba atento y cariñoso conmigo. Un hombre afable, incluso con cierta gracia.

¿Podría asemejarme a doña Irene? ¿Podría yo tener igual que ella la sartén por el mango? En apariencia, sí, pero solo en los inicios de nuestra relación. La protagonista de *Angst* vive, en cambio, rodeada de dulzura junto a su marido, allí donde va encuentra paz, calidez, cariño y respeto. Y es ella la que persigue los melancólicos sueños de la adolescente, deseando romper la cotidianidad en su convivencia con una pareja estable y acomodada. Lleva una vida consistente en ópera, paseos, salidas a teatros y bailes. Tras ocho años de matrimonio con un reputado abogado, las actividades sociales se le antojan anodinas. Doña Irene, madre de dos hijos, empieza a verse con un amante, un joven y bohemio pianista.

Al contrario que el marido de doña Irene, a mí, Arnau, no me hacía caso. A mi descanso, tampoco.

La observaba con atención y doña Irene sabía lo mucho que la cuidaba. Él tenía un cierto parecido con un ángel de la guarda —puestos a elegir entre la bondad y la maldad—, un ser cordial y noble.

—*Qué te pasa, Irene? Te encuentro muy nerviosa, te despiertas en medio de la noche pidiendo socorro. No debes callarte. ¿Tienes alguna preocupación? Debes confiar en mí.* Pero no había manera. Doña Irene disimulaba, respondía escurridiza, con tal de que él no adivinara su aventura.

¿Saldrían las cosas conforme a lo previsto por doña Irene? No es fácil trazar una hoja de ruta y que todo discurra perfecto y de acuerdo a determinadas pretensiones. Surgen elementos incontrolables que no dependen de uno mismo. Esa es al menos mi propia percepción cuando anhelo emprender algo nuevo. En medio de mi desgracia temo dar un paso en falso.

¿Doña Irene podría minimizar cualquier riesgo? Es probable que por ese motivo decidiera iniciar una relación sin planearlo y sin renunciar a nada. ¡Sus razones tendría! No seré yo quien vaya a juzgarla.

¿Y yo? Fui feliz lo que dura un fósforo encendido.

Arnau, incapaz de devolverme el aire cuando me ahogaba, se convirtió pronto en una persona desabrida, amargada, con un semblante frío. Y cada día baboseaba mayor arrogancia.

*Maté a un hombre porque él quería matarme a mí, declaré.*

Bajando los escalones sin rumbo, con pisadas titubeantes, me dirigí a un lugar de nadie y anhelé llegar lo antes posible al último peldaño de la escalera.

—*¿Motivos para el miedo?*—

No lo sé, pero sí me apresuré asustada, muy asustada.

Me agarró un hombre por los pies. Y se colgó como un saco cabeza abajo a sus espaldas, disculpe, era yo la que colgaba cabeza abajo, y me costaba respirar.

La tijera blanca con sus dos hojas gruesas estaba al alcance de mis manos.

—*¿Romas o con zonas dentadas?*—

¡No me fijé!

Sin dudarle, se la clavé cinco veces, de arriba abajo, cinco cortes secos en apenas cinco segundos.

Corrí hasta esta comisaría. Les miraba, pero ellos no me veían. Se confundieron la sección policial y una estancia hospitalaria. Vi cómo mis manchas de sangre oscura ensuciaron el suelo.

¡Ayúdenme!, balbuceaba tartamudeando.

—*¿Qué dice usted? ¿Lo mató en defensa propia?*—

Me limpiaron las heridas, indiferentes y aburridos, y me esposaron.

En ese momento desperté. El televisor continuaba encendido. Transmitían en directo un homenaje a los últimos soldados muertos en alguna parte. Les rendían honores militares. Evoqué a una madre añurgada detrás de la pantalla. Se celebraba el Día de los Caídos previsto cada año en el calendario.

Aquella pesadilla se reproducía con frecuencia en mi mente igual que una vieja película en blanco y negro.

Me habría gustado escribirle: *Edeltraud, a cada cerdo le llega su San Martín*. Referido a Arnau, claro. Sin embargo, no quiero defraudar ni mortificar a mi madre. Me lo advirtió antes de casarme: no te precipites, piénsalo bien. Y ahora, no quiero quedar a la altura del betún.

Si se lo hubiese contado a Edeltraud estoy convencida de que primero reaccionaría estupefacta al averiguar el daño que me hace. Es posible que me regañara por consentir y soportar un infierno al lado de un tirano, de un hombre abominable. No iba a entender por qué me adentré en una realidad sórdida y encima sin compartirlo en ningún momento con ella.

Sobre la marcha compraría un billete de avión y llegaría de improviso. Me la imagino tocando energética el timbre, riéndose de Arnau en la cara, haciéndolo a un lado mientras entra en el piso.

¿Cómo se habría tomado mi madre la aparición de la mancha gris sobre las distintas superficies? No dudo que lo entendería. Pero es una cuestión a abordar con calma, desde aquí, y no mediando esta distancia. No persisto en pensamientos que son meras conjeturas. Ni ella se iba a presentar delante de

mi puerta ni yo tampoco de la suya. Ya era demasiado tarde.

Por ese motivo no le envié las letras que a continuación reproduzco:

*Mi querida Edeltraud:*

*Deseo de corazón que por fin estés recuperada de tu neumonía.*

*Me preguntas sobre mi estado anímico. Entre líneas descubres que algo no anda bien. Así es, Edeltraud. Mis días se asemejan a un reloj viejo, a esas manecillas ralentizando horas, minutos y segundos.*

*Las semanas transcurren a cámara lenta, y yo giro alrededor del centro de una esfera. Atascada, entre miedos y miedos.*

*¿Recuerdas cuando antes me quejaba e insistía en la falta de tiempo? Cuando caigo en la cuenta llega la noche. Y me vence el cansancio. Duermo. Al despertar maldigo el futuro desperdiciado, te decía. Y tú me contestabas «demos tiempo al tiempo: para que el vaso rebose hay que llenarlo primero». Proverbio de Machado. Y me apodabas con el cariñoso mote Alma con prisa.*

*Sin embargo, en lo que a mí respecta, ese vaso se halla vacío o medio vacío. Las circunstancias ya no son las mismas y cualquier cambio ha sido para empeorar.*

*Aquel hombre, que se muestra maravillado por lo que digo o hago y que tantas cosas desea enseñarme, no existe.*

*Aquel, que presume por tener una mujer como yo y que me estima, no existe.*

*Y no me refiero en modo alguno a cierta rutina, a la costumbre, inevitables, con el peso del tiempo. ¡Cae el encanto nuevo!, y esa caída es como si él orinara sobre mis huesos.*

Ahí dejé de escribir. Decidí no enviar el texto. A cambio abrí enseguida el diario. Noté cómo clavaba la rabia en la punta del bolígrafo:

*Le irrita si hablo y no hablo. Come y se pasa la lengua por los dientes, mastica y eructa como un cerdo.*

*Se acuesta boca arriba y ronca. Se tira pedos. Inflado, como una marmota, se pavonea. Es vulgar, se cree muy macho, me desprecia.*

*Me gustaría convertirme en un conejo, correr y cobijarme en una madriguera, en una seguridad inquebrantable.*

*Me saca de quicio, me exaspera.*

*Él actúa peor que un hurón en un Keller.*

*Arnau es un animal insoportable. Aquí llevo una vida de mierda, de la mierda que él caga cada mañana, ese cabrón de mierda.*

Debajo anoté: carta inacabada.

A lo lejos resuena el ladrido de un perro.

La noche se iba cerrando. Escuché una maldición y cómo Arnau golpeaba después la mesa. Me deslicé a hurtadillas hasta el salón. Sostenía un folio entre los dedos persuadido de que yo tramaba algo a sus espaldas. Un sobre exhibía las cinco letras de mi nombre escritas en mayúscula con trazos gruesos y altos.

*No vale la pena revelar el contenido de aquel folio. Estoy harta de sus paranoias y de que continúe fisgoneando en mi pasado, apunté ese día en el diario.*

¡Cuánto habría dado por estar en la situación de doña Irene! Recibe también una carta: *haga el favor de entregar cien coronas al portador de esta nota.* La novia de su amante la chantajea, dinero a cambio de su silencio. Ella cede con tal de librarse de la señora. En varias ocasiones se achanta, accediendo a sus peticiones y exigencias. Se suceden múltiples entregas, pero a aquella mujer no le bastan, no las considera suficientes y no se contenta.

La habilidosa pareja de su amante se persona en el domicilio de doña Irene encarándose con ella. La va embaucando, con facilidad, toda vez que ella no es capaz de establecer ningún límite. Se ovilla sin más en torno a sus demandas, se dobla, se pliega sobre si misma.

Supongo que doña Irene abre la cartera muerta de miedo y le da un puñado de monedas o extrae de la billetera un fajo de billetes. Incluso se desprende sin rechistar de su bolso de plata.

Una telaraña pegajosa cuelga de las paredes de su vivienda reforzando el vínculo entre ambas, una con ventaja y la otra, por propia elección, en desventaja.

Su marido se da cuenta de que arroja el papel al fuego, aquella nota con las instrucciones para el pago. Se dirige a ella sin alterarse: *solo quiero decirte que no estás obligada a mostrarme tus cartas. Si deseas guardar tus secretos, tienes plena libertad para hacerlo. Debes confiar en mí. Te noto cambiada. Tengo la impresión de que quieres contarme algo. Algo que nos concierne a ti y a mí. Adelante, no te atormentes.* Y la tonta de doña Irene pierde esa oportunidad. Se queda muda, la muy cobarde, la muy gallina.

Doña Irene parece imitar en algunas escenas a Madame Bovary. Las dos son mujeres guapas, elegantes, y se lanzan a la aventura. No se resignan al rol de ama de casa, a la monótona vida de madres de familia.

Emma Bovary se entrega al amor dispuesta a pagar las consecuencias de su doble vida. Le resta importancia a perderlo todo, al contrario que doña Irene.

Madame Bovary y doña Irene se sienten prisioneras del aburrimiento, de aquella araña silenciosa hilando su tela en las sombras y condenándolas a la soledad. No encuentran ninguna distracción lo suficientemente grande para sacudirse el vacío interior, aliviar el sentimiento de vacuidad nacido de su aburrida existencia.

A Emma Bovary le aterra el abismo entre la ilusión y la realidad. ¡Y siente miedo! Tiene miedo a las promesas incumplidas, a la traición de unos amantes frívolos, escurridizos. Y da pasos al frente, a pesar de su miedo, afanada en experimentar algo extraordinario y diferente.

Doña Irene se inhibe, se repliega. Teme que los ojos en casa se posen en ella, en su comportamiento extraño, que cualquier descuido la delate. Cuando suena el teléfono o llaman a la puerta se sobresalta, no sea que entre las diversas caras apareciese una que la persigue.

Pretende finalizar la relación con el amante y continuar con su marido, sin que nadie la señale con el dedo.

Ambas están asustadas, pero el miedo de una y de la otra tiene nombres distintos.

¿Y yo? ¿Qué nombres definen el pavor, el pánico, que habitan dentro y fuera de mí?

En más de una ocasión estuve tentada de huir y apartarme de Arnau. Me hallaba en una tesitura no solo incómoda sino insostenible. El ambiente se iba caldeando, aunque las discusiones y las riñas no afloraron porque callé.

Arnau estaba convencido de que mi cuerpo cabía en sus manos huesudas.

Traté de mantener la puerta de mi cuarto entreabierta y así controlaba y podía adivinar el instante de su llegada. Un giro en la cerradura y mi estómago se encogía, aborreciendo la presencia de aquel hombre.

¡Cuántas veces me entraron unas ganas irresistibles de escapar!, mientras él lanzaba el llavero sin contemplación alguna a la mesilla, pasando de largo por el pasillo, sin rozarme con su mirada — menos mal— para continuar con sus asuntos.

Arnau abría la nevera, la vaciaba, engullendo sin pausa lo que yo había cocinado algunas horas antes, siempre desagradecido, maleducado.

Me molestaba oírlo canturrear en la ducha y cómo torcía la boca cuando se afeitaba. Me molestaban sus muecas, su risa, la forma de pasearse en calzoncillos por la galería o de subirse los pantalones tirando fuerte hacia arriba. En realidad era a él a quien ya no soportaba.

Ni por asomo podía compararme con Madame Bovary. En mi mente ella me hablaba: *no hay que vivir como se debe, no hay que seguir las reglas y las buenas costumbres*. Y yo, a mi pesar, no me atreví a ir contra las convenciones.

¡Qué valiente, Emma Bovary! Hace falta mucho valor para anteponer aquello que se anhela a un probable o presumible fracaso. ¿Estaba yo dispuesta a pagar un precio tan alto como ella?

Con franqueza he de reconocer que procedí, al igual que doña Irene, como una cobardica. Sin embargo, algo me dice ahora que las dos situaciones no son equiparables. No sentía ese miedo a que algo pudiera desmoronar toda mi vida, aquel terror a desprenderme de cosas que valen una fortuna y que doña Irene creía aseguradas e indestructibles. Yo no disfruté tampoco de relación alguna con un hombre. Y peor aún: yo no estaba fuera de peligro. Vivía una pesadilla a diario bajo innumerables amenazas.

*Etwas bringt das Faß zum Überlaufen* («algo es la gota que colma el vaso»), le habría dicho a Edeltraud aquella mañana que me largué procurando no dar un portazo.

Puse como excusa la enfermedad grave de mi madre. Estaba en paliativos y las cosas se habían precipitado. —*Arnau, necesito verla*— pronuncié en un tono afligido y sumiso. En otras circunstancias no había puesto ninguna objeción para que yo la visitara. No se atrevía a inmiscuirse en los asuntos de Edeltraud.

Se peinó el bigote y ensanchando las fosas nasales me lanzó “*si tardas en venir no llegues*”. Era tan engreído que ni siquiera se le ocurrió pensar que podría estar mintiendo.

De nuevo Arnau baboseaba vanidad y arrogancia.

Parto sola y para no levantar sospechas emprendo la salida con pocas cosas. Al girarme en la esquina noto cómo el visillo de la cortina está levantado. Él, delante de la puerta, maldice a mi madre.

Me regocijo en dejarlo plantado, más solo que la una. —*¡Que te den!, ¡que te den!*—, repito rabiosa batiendo con los brazos el aire.

Me subo al tren, más ligera que mi propio equipaje. El tren inicia la marcha. Las personas que permanecen en el andén han desaparecido, de improviso, sin dejar ningún rastro, tan fugaz como mi despedida. Tengo una sensación muy extraña, como si hubiera planeado o me hubiese preparado hace años para este trayecto.

Viajo de estación en estación, inmersa en una intriga, pero sin desear que el presente se convierta lo más deprisa en el futuro.

Estoy impaciente. Dentro de mí bulle el placer de lo incierto y las ansias de desembarazarme de un pasado.

Me recreo en pensamientos con una apariencia banal, pero habitando la gloria, si es que esta existe.

*Gracias por sus servicios prestados*, le manifiesto a Arnau en mis adentros, a conciencia, y con una deliciosa ironía.

Nadie me vigila. Al revés, por todos lados se presentan manos tendidas, sin segundas intenciones.

La vida se inclina por mi ventana y yo me transformo en una espectadora sentada en la butaca de un cine, frente a una inmensa pantalla: navego río abajo, sin perder el curso de las aguas, a través de bosques y prados, de paisajes donde se celebra una boda campesina. Las ninfas bailan a la luz de la luna

durante la noche, palacios y ruinas se levantan en los acantilados cercanos. Dos manantiales burbujeantes devienen en un pequeño arroyo y luego el ancho río fluye majestuoso más allá de un castillo en Praga.

En mi mente se confunden *die Moldau*, del músico checo *Smetana*, y el Danubio.

*Die Moldau*, ese conjunto de seis poemas sinfónicos, se reproduce en mis oídos, en la vista, en el olfato.

El sonido de las aguas hermanadas se arremolina en el cristal y tras la crecida del río desemboca en el Mar negro. Al final desaparece en la distancia. Igual que yo.

Reclino el asiento para atrás y me recuesto. A pesar de que el ventanal está cerrado, noto un frescor de brisa en la frente y cómo el cuerpo distiende los músculos. La pequeña maleta se apoya en mis tobillos. *Me fui, por fin me fui*; me deleito con lo que ha quedado atrás: con aquel momento en que el día se hace largo y la noche más larga, con alejar el rictus de soberbia de Arnau deseando que el suelo se abra bajo sus pies.

Permanezco adormilada hasta que dan el aviso de la próxima parada.

Me incorporo somnolienta y me dirijo al baño, balanceando el bolso, juguetona, tomando aire para soltarlo, liviana, pendiente de aquel único instante sin atender demoras.

*Deutschland, Deutschland über alles*, repetía mi madre, Edeltraud, en un tono sarcástico mostrando su rostro asqueado y su repudio al himno nazi.

Recuerdo ahora a Edeltraud mientras escucho de fondo al músico Wagner y atravieso la cadena de vagones anónimos hasta alcanzar de nuevo mi compartimento.

*La culpa no fue de Wagner, madre*, le digo en mis adentros. *Él estaba ya muerto mucho antes de la guerra*.

La sinfonía parece encandilar también a los extraños ubicados en los asientos frontales.

El tren disminuye la velocidad y diviso el anuncio de la estación *Kracovizek*, un término inventado para esta nueva ciudad, no sea que Arnau figonee de nuevo en mis proyectos y me localice.

Estar fuera del alcance de ese desgraciado es mi prioridad. Desgraciado, en su sentido literal, causante de desgracias y carente de gracia.

La tarde es desapacible, pero a mí no me importa que me moje la lluvia. Empiezo con buen pie esta nueva etapa. Tengo trabajo y cobijo.

Me regodeo en la idea del abandono. Él riega flores secas en el jardín, flores muertas. Maúlla como un gato y se lame las heridas. El cuerpo le pica, se rasca y el picor persiste. Está rodeado de pulgas. Lamento va, lamento viene. Maúlla, maúlla...

«Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón.» Edeltraud pronunciaba esta cita a menudo al recordar la guerra. Mucho más tarde la encontré en un libro de Borges.

Aquel doce de diciembre la citó de nuevo. Me hacía la remolona desviando el tema.

—*80 años son 80 años y además es mi padre*—dijo a modo de súplica. Asistí inapetente a aquella celebración.

Alrededor de la mesa se sentaron unos cuerpos vestidos muy semejantes. Mujeres y hombres emperifollados, de piel blanca y ojos claros, ocultaban bajo sus canas el rubio y su país. Un país de sesenta años atrás.

Hablaban un idioma que yo entendía. A pesar de eso se dirigían a mí en español, mi idioma paterno. Enfatizando unas enes germánicas, en lugar de unas eñes, conjugaban mal los verbos y no atinaron apenas en los artículos de los sustantivos.

Comían y bebían. Las primeras risas sonaron tras tomarse una copa. Una hora después no soportaba aquel ruido. Se entremezclaban conversaciones, una música de fondo y gritos.

A mi lado conversaba una pareja sobre «noche y niebla». *Nacht und Nebel*, reiteraban. Comprendí de inmediato las dos palabras. Pensé en la oportunidad para charlar sobre el clima —calaba el frío, la humedad— y además, me aburría.

¿Qué puede hacer cualquier chica de quince años en una fiesta de adultos, de viejos?

Les lancé una mirada complaciente. *Nacht und Nebel*, repetí, por decir algo. El hombre movía la cabeza prestando su conformidad, alineándose a los términos noche y niebla. —*Así desaparecían los malditos arrestados. Ninguna información podía ser difundida acerca de su paradero o destino.* Sonrientes levantaron los vasos brindando mientras intercambiaban frases de júbilo. Yo, entretanto, procuré pasar desapercibida con el pretexto de sentarme junto a Edeltraud.

En el trayecto de vuelta me explicó de manera sintética el sentido de aquel Decreto aprobado por el tercer Reich. Los opositores al régimen nazi debían ser detenidos durante «la noche y la niebla» y llevados clandestinamente a Alemania. Los prisioneros eran deportados a escondidas a campos de concentración sin que se conservase testimonio o registro de los hechos y sus circunstancias. Eran identificados en sus ropas con las letras NN y conocidos como prisioneros NN.

—*Siempre lo mismo, Edeltraud. Es como si no supieran hablar de algo distinto.* Se había alargado el cumpleaños y ya en casa nos disponíamos a dormir.

—*Su tiempo se detuvo cinco o seis décadas atrás, Hannelore. Yo tampoco habría acudido hoy si no se tratara de mi padre.*

Al darnos las buenas noches, alcancé a ver el perfil triste de mi madre. Permanecía de pie en su dormitorio. Quieta, inmóvil. ¿Se estaría volcando el pasado, sin ella pretenderlo, por la ventana?

*Nacht und Nebel* significó para mí algo así como una consigna. A una edad tan temprana no se asimila el alcance de determinadas historias.

Me interesé por ese concepto en medio de las lecturas, conviviendo todavía con Arnau. Inmersa en una novela sobre la segunda guerra mundial apareció el Decreto.

Profundicé en el estudio de las directrices aplicadas por las autoridades del Reich: «*El efecto de disuasión de estas medidas... radica en que: a) permite la desaparición de los acusados sin dejar rastro y b) una intimidación efectiva y duradera solo se logra por penas de muerte o por medidas que mantengan a los familiares y a la población en la incertidumbre sobre la suerte del reo y, por la misma razón, la entrega del cuerpo para su entierro en su lugar de origen no es aconsejable, porque el sitio del entierro podrá ser utilizado para manifestaciones...*»

No podría describir la angustia que me asaltó y cómo me bailaban las líneas. No por mí, sino por Edeltraud. ¿Era posible borrar el horror y seguir adelante tan campante? Campante, seguro que no, pero sí adelante. Concluí —por serenarme— que el miedo, en situaciones extremas, activaría unos mecanismos de defensa básicos en cualquier ser humano. ¿Y si esos mecanismos no funcionaban?

Crecí entre dos lenguas, la materna y la de mi padre. Edeltraud me habló desde mi nacimiento en alemán y mi padre en español. Entre ellos se entendían alternando ambos idiomas.

Por razones que no vienen al caso pasé más temporadas con mi padre en los primeros años de mi infancia que con Edeltraud. Estudié en un colegio oficial español y simultaneaba en los dos idiomas la Secundaria y el Bachillerato. Dominé ambas lenguas casi a la perfección. A los seis años incorporaron el inglés en el plan de estudios.

En casa y con amigos empleábamos frases completas o determinados términos siempre en un mismo idioma y en ocasiones mezclábamos ambos en un diálogo cualquiera. No nos costaba ningún esfuerzo ese intercambio de ideas, la comprensión de los conceptos. El ámbito emocional y, en concreto, el afectivo, hallaron una conexión natural en el lenguaje. El habla no nos separaba. Al revés. Nos mantenía unidos y acompasados.

Me acostumbraron a pasar de un idioma a otro con soltura y a no ser consciente a priori de cómo se dirigía a mí Edeltraud, por ejemplo, cuando enfermaba. Era incapaz de manejarse en otra lengua distinta a la nativa.

No tenía acento en ninguno de los idiomas paternos. En inglés, sí. Me defiendo con un inglés españolizado o germanizado y esa imprecisión sonora se nota. Me delatarían al instante con un *usted no es de aquí*. Por esa causa me enfurruñé y me disgustó —en la celebración del 80 cumpleaños de mi abuelo— que aquella gente se esmerase en comunicarse conmigo en español usando un registro diferente al suyo.

Me incomodaba oírlos. Sus palabras no eran mis palabras. *Io suenio con bebear un trago de acua*. Y solicitaron al camarero un vaso de agua. Y así, sucesivas veces.

Me chirriaba la entonación de las sílabas a su libre albedrío, cómo dilataban las fosas nasales con aires de superioridad otorgando mal un significado a sustantivos o verbos porque en apariencia se les antojaba similar: *¿vas al gimnasio?* (Gymnasium=instituto). *¿Cuándo tienes las ferias?* (Ferien=vacaciones).

Ahora me dan ganas de corregir su palabrerío y de reprocharles su falta de dominio lingüístico.

No renuncian a lo que fueron, porque no ignoran quienes eran y lo que aún son, sin revisar, sin avergonzarse de la historia y de su implicación.

Desconfiados y disconformes guardan un secreto, se consideran agraviados y reclaman una recompensa, sin expresar gratitud por el presente, como si creyeran que otros están obligados a cuidarles, por sus espléndidos servicios, por la misión y los encargos prestados durante la guerra.

No pretenden averiguar la verdad, ¡para qué!, si no les conviene. Ni a su memoria, ni a su idioma, ni a su identidad. Y peor aún: no conservan ningún parecido a mi madre, a Edeltraud.

Los presencio como disfrazados, con falta de autenticidad, con un lenguaje ficticio, impostado. Intrusos, para los que solo existe una lengua desde donde se piensa un país, su país, solo un mundo, el suyo, el verdadero, el mejor y el único.

¿Por qué no regresé a casa de Edeltraud? Porque había fallecido.

Se lo oculté a Arnau. Conocía de antemano su reacción. Mientras ella viviera, no iba a ser capaz de cuestionar ni de enfrentarse a Edeltraud. Ella no se lo habría permitido.

Caí rendida a sus pies y eso le bastaba. Si se hubiera enterado de su muerte, se habría cebado con ella y conmigo. ¡Y de qué manera! Puede que aprovechara su ausencia para denigrarla. Vomitaría

veneno hasta en la bilis. Y yo, con necesidad de un receso, puede que me hallase ausente, sin soltura, acorralada. Y él, sin quitar el ojo del tablero manejaría los hilos de una partida, avanzando una, dos, tres casillas, un par de movimientos, ansioso por rematar el juego. ¡Podría sufrir un jaque mate!, sin predecirlo, intencionado, por no prestar la debida atención, por no frenarlo a su debido momento.

Por eso mantuve mis reservas. Y porque a los muertos hay que dejarlos descansar.

En una ocasión se extrañó al ver una libreta y un montón de cartas de Edeltraud encima de mi mesa. Recurrí de nuevo a la mentira. *Me las regaló*, dije, mientras le restaba importancia a sus preguntas.

*A los vivos hay que dejarlos en paz. Y el dolor de quien se queda, se debe respetar*, había escrito en mi diario.

Desde que Edeltraud murió, releía a solas el intercambio de nuestras cartas. Era una forma de seguir a su lado y al menos entretenida.

Nada conseguía alentar el entusiasmo. Envuelta en una neblina, el tedio me azotaba. No quería pasar de una actividad a otra, tal y como algunos combaten o huyen de ese estado anímico. Estar frenéticamente ocupados. No, el vacío de las horas no producía en mi caso una ausencia de sucesos. ¿Acaso no ocurre siempre algo? Una mosca volando en una alcoba, alguien tirando de una cisterna en un baño, por ejemplo. Era un sinsentido, algo así como «una aburrida no tiene nada para el tiempo». Esa era yo, sosa, indiferente, insípida.

*La llegada es inminente.*

*Acaricia a los perros. Siente un suave cosquilleo, nota cómo las lenguas rasposas le lamen el brazo, el cuello.*

*Por la ventana se asoma el azul añil del horizonte, y él, se desplaza, se desvanece, se ensancha,*

*igual que aquel rabo de nube colgando en el cielo.*

*La llegada es ya inminente.*

*Canturrea una canción vieja.*

*En el fondo ondea una bandera. Cree distinguir una patrulla, algún que otro uniformado, el sonido de la sirena, la bulla de la gente.*

*No aguza el oído. No van ni tan siquiera a tocar la puerta. La tirarán abajo, de un plumazo, sin miramientos.*

*Se veía venir, dicen aquellos que escucharon el ruido de los pasos, el tono rabioso de los agentes, y cómo lo arrastraban por el suelo.*

Escogí al azar este texto de su libreta. Edeltraud era capaz de darle sentido a una bocanada de aire en medio de un huracán. Se deleitaba apreciando un leve rayo de luz en medio de la oscuridad.

Mientras procedía a releer abstraída la hoja de la libreta, asocié de pronto aquel fragmento breve con la muerte del hermano de Edeltraud, de Gustav: mi madre pasea conmigo cuando luce el sol o al menos si no existe previsión, amenaza de lluvia.

Le agrada atravesar calles y adentrarse progresiva y largamente en el bosque. Me cuenta con fervor detalles de la vida cotidiana desgranando a la perfección su rutina.

Fascinada por cualquier nimiedad describe con pasión hasta un plato de lentejas o la fruta roja cayendo de un árbol. Yo permanezco en silencio.

Relata el amanecer, el declive de una tarde, el olor a café, acontecimientos, de un modo especial y delicado. Y a mitad de su narración y del camino se detiene. Hace referencia al asfixiante ambiente de la Guerra, señala con ímpetu un espacio agrandando su tamaño y añade: *aquí cayó muerto.*

Yo, entretanto, me resisto a manifestar una opinión. Ante mí yace su hermano sin vida, con los brazos cruzados sobre el estómago, la boca cerrada y los párpados sellados.

Aquella aparición se desvanece muy rápido, en un visto y no visto. Con un gesto le doy mi conformidad, como si aquella instantánea se considerase un mero trámite y yo no accediera a añadir más.

Edeltraud menciona a Gustav, como si quisiera no olvidarlo. Al tiempo, como si no deseara trasladar pena, sino venerar y admirar a su hermano. Seguidamente retoma la conversación anterior y el entusiasmo.

No se expresa atormentada ni vengativa. No se rebela, porque es probable que ya no convenga o porque es preferible optar por cierta indiferencia, ¿para que no duela?

Edeltraud rompía de esa forma la frontera entre el cautiverio y la libertad.

Mi madre y Gustav se conectaron en mi cabeza. Mis pensamientos eran circulares girando en torno a la insignificancia de ciertas cosas. Pero mi madre podía revertir lo ordinario en extraordinario y se salvaba rodeada de circunstancias adversas.

Envidié esa capacidad de cambiar una situación con la misma facilidad con que se puede voltear una media, un calcetín.

¿Y yo? No encontré consuelo ni siquiera en medio de esa fatalidad.

Me regodeo imaginando a Arnau podrido de rabia y sintiéndose el hazmerreír en su endeble imperio, fingiendo conservar sus aires de grandeza esparcidos como ceniza en el jardín. Y mientras riega, su engreimiento se disuelve en el agua, como un terrón de azúcar en una taza de café.

Me encamino por las calles atestadas de vehículos, ensimismada. No ando rápido. El tiempo no apura. Cierro los párpados y respiro tranquila.

Aún dispongo de unos días libres antes de incorporarme a mi nuevo trabajo en un hotel.

Nada se precipita. Con un callejero en las manos dejo atrás parques, una fuente iluminada, la estatua de *la poeta y la libertad*, esculpida en bronce, recovecos de una ciudad que muestra un rostro amable y acogedor.

Kracovizek está dividida en dos. Abajo se vuelca el mar y arriba la colina. La luz tibia se refleja en los bordes de las aceras, en las fachadas de los edificios antiguos. Escucho el silbido de un tren. Una doble vía, ¿dos trenes que se cruzan? ¿A dónde se dirigen? Desconozco cuál sería el punto de llegada y yo había casi olvidado mi punto de partida.

*Un viaje sin retorno*, pienso. Adopto una actitud serena, con cierto sarcasmo, un tanto altiva, a modo de reafirmación: aunque las cosas se acabasen torciendo, jamás volvería.

Sin embargo, las huellas de Arnau regresan insistentes, sobre todo a la hora de dormir. No consigo desligarme de él. Temo que logre apoderarse de mi cuerpo, alargando sus manos huesudas hasta mi cama. Me persigue aquella mancha gris. ¡Cuántas veces soporté que él me humillara, con mis ojos expectantes, abiertos como puertas, centrados en la mancha del techo! No despegaba la vista hasta que remitía la respiración agitada de Arnau. En ese lamparón grisáceo concentraba cohibida toda la atención.

Me habría gustado parecerme a doña Irene. Dondequiera que posa su mirada, encuentra algo propio, de lo que se siente dueña y además le proporciona seguridad.

¡Qué sencillo es salir de una aventura y retornar al mundo pacífico en el que vive! Su casa, al igual que el tiempo, pone las cosas de nuevo en su sitio.

*El deseo de vivir es más fuerte que cualquier otro sentimiento, incluido el miedo.* Podría admitir

que solo en este supuesto, tanto doña Irene como yo, tenemos algo en común. Con ciertos matices, claro, y diferencias. Su marido se adentra sigiloso y sin importunar en la alcoba, le besa las mejillas y pone en sus manos las palabras que podrían liberarla. Al contrario que Arnau, un hombre desconfiado y bruto. Me vigilaba, el muy canalla, sin compasión.

¡Qué fácil se lo pone su marido! Ella se resiste a revelar la verdad. *¿Es justo que reciba un castigo tan brutal por un crimen tan insignificante?*, doña Irene se justifica, en vez de sincerarse, sin más. Una frase le bastaría para aclarar lo ocurrido.

Cuando la novia del amante descubre su doble vida, doña Irene se asusta y redobla sus cautelas.

Veó cómo se resiente, se disgusta, incapaz de confesar sus resquemores teme que su marido descubra aquel pacto de hecho —que no de derecho— con la pareja habilidosa de su amante. Una suma de dinero se incrementa con cada pedido y guarda un secreto en la curva de sus labios, de su sonrisa oblicua, de su sonrisa a medias cuando él le pregunta por su estado anímico.

Se recluye en la vivienda con sus hijos. Renuncia a fiestas y celebraciones, a salidas, con tal de no ser vista.

Supongo que los minutos se estiran y ralentizan en una espera tediosa. Veo un calendario clavado en el corcho, sin anotaciones de tareas ni de citas.

—*¿Por qué no sales a despejarte? Estás muy encerrada.*

—*¿Y por qué tengo que despejarme?*

—*Porque te vendría muy bien.*

—*¿Y por qué me vendría muy bien?*

—*Porque te gusta estar fuera. Eso de estar pensando en las musarañas no va contigo.*

—*¿Y quién dice que pienso en las musarañas?*

—*Mujer, es solo un decir.*

Ignoro si mis suposiciones se ajustan a la realidad. Él, tal vez, trata de ayudarla, y ella, en cambio, cree que su marido sospecha algo de su desliz. Por eso indaga a propósito pretendiendo conocer sus reacciones. Y este diálogo, recreado o no, da lo mismo. Se podría entrever entre líneas. Doña Irene contó siempre con la ayuda de otra mujer para las labores domésticas y el cuidado de sus hijos. Cuando permanece desocupada —no por pereza, ni por diversión o por ocio— la casa se le cae encima.

¡Hasta qué punto me aislé yo también! De pronto me percaté de que no actué de forma tan diferente a doña Irene. No tuve hijos, pero me refugié en los libros y en la lectura. Mis amigos y mi familia residían en otro lugar. Puse excusas para esquivar cualquier contacto con la familia de Arnau. Rehuía a los vecinos y rara vez entablaba conversación con alguien.

¿No contaba tampoco doña Irene con alguna persona idónea para dejarse aconsejar?

En sueños pensé muchas veces en abandonarle, pero al despertar se evaporaba cualquier tentativa. Como si Arnau hubiera adivinado mi pensamiento mientras dormía, el miedo se insinuaba con mayor potencia: allí aparecía él, en el umbral, igual que un espectador sentado en su palco, yo aún con los párpados y con legañas pegajosas y él devolviéndome con su semblante irónico cada una de mis intenciones nocturnas.

En mi mente Arnau no desistía en su afán por tirarme cualquier amago de fuga por la borda y se iba diluyendo otro camino transitable.

Solo en una ocasión me marché de manera apresurada, me invadió el temor, me di la vuelta, retrocedí y regresé desorientada e impredecible a casa.

No tenía a nadie con quien hablar detrás de aquellos cristales empañados.

Su presencia en la vivienda me atormentaba. Yo me percibía precaria, débil, andando sobre arenas movedizas, sobre un suelo gelatinoso y condensado, ante un charco inmenso, sin posibilidad de zafarme, hundida en el fango. Junto a Arnau me hallaba expuesta al peligro.

Al ausentarse no desaparecían los riesgos. La trampa continuaba tendida aunque disimulada. Él llegaría con mayor o menor demora, pero llegaría.

De poco valen las alertas: veinticuatro horas sometida a pequeños y grandes sobresaltos enferman a cualquiera, perturban a cualquiera.

Todo lo intenso es efímero, dicen. Sin embargo, no en mi caso. Arnau era el único responsable. ¿O no? A dicha pregunta prefiere mi cabeza en este instante responder *tal vez, puede, es probable, eventualmente, igual, imaginable, quién sabe...*, por si acaso.

Nada me estaba esperando y nadie podía salvarme desde lejos. Mis gritos habrían estremecido los tímpanos de alguien si aquel mediodía me hubiera puesto a chillar. ¿Y luego qué? En la comisura de los labios se me agolpaba la saliva y un hilo de baba humedecía el mentón. Alcancé a articular tres ¡ay!, monótonos y breves.

Aferrándome a una butaca me remaba hacia adelante y hacia atrás procurando atrapar, allí arriba, la luz solar.

El miedo me mantenía atada, como si pudiera observar cualquiera de mis actos desde la mirilla. El miedo acechando detrás y delante de la frontera, de aquella verja clavada en el jardín.

*¡Ojalá cese este miedo!*, me decía. Ni por asomo cedía. En el pasillo me iba desinflando hasta reconocer una nueva derrota, un nuevo fracaso.

Y doña Irene, ¿no se siente acorralada y llena de miedos? Seguro que sí, pero no se da por vencida. Busca soluciones, encuentra alternativas. Sus temores son pasajeros, sus sustos, un paréntesis, nada más.

¿Qué relación no sufre en algún momento un altibajo?

Doña Irene se empeña en salirse con la suya y no es lo mismo querer librarse de esa chica que yo librarne de un marido.

Última visita a Edeltraud. Acompaño a mi madre al médico. Una intensa nevada cae desde hace veinte horas. Invierno, año 1976.

—*Abrígate bien el pecho, Edeltraud. Hoy es una mañana muy fría.*

—*Acércate a mí. Nadie podrá verte.*

—*¿Y quién quieres que no me vea?*— Le abrocho el abrigo y le cubro las orejas con el gorro de lana.

—*Están detrás de la muralla*— Se frota los párpados con las yemas de los dedos.

Camina a trompicones. Descubre mis ojos mirándola y se sonrío.

En la consulta cruza las piernas rebuscando algo en sus bolsillos. —*Yo no llevé una estrella amarilla*—, dice, como si le apenara decirlo.

Con las pupilas gachas se inclina, pregunta de nuevo lo mismo.

Le acaricio las mejillas. Se balancea marcando el ritmo.

Se incorpora. Anda hasta el espejo. Hace muecas, gesticula, levanta una ceja.

Lleva puesto un reloj muy viejo. Las agujas están paradas a las seis y cinco.

*¡Pase! ¡El siguiente!* Una voz atraviesa el pasillo.

El médico la ausculta. Ella tose, carraspea y se toca la garganta.

—*Tiene toda la pinta de ser una neumonía.* Le receta un tratamiento y algunas pruebas para confirmar el diagnóstico.

Edeltraud estira el cuello: *nadie llora entre las tumbas. Los niños juegan por fin en el parque, sin ruidos.* Me coge la mano. Ladea la cabeza. Me mira. Se sonrío.

Estamos en casa. Habla de arándanos, de miel y de ciruelos. Se ríe al mencionar *sueños equivocados.*

Anochece. La sigo hasta su alcoba. *Quiero abandonar este callejón oscuro, este callejón... sin entrada,* explica. Es probable que quisiera haber dicho *sin salida.*

—*¿Dónde está mamá?*, pregunta. Al aproximarme, dice: *no encuentro la palabra desprendida.* Cariñosa le susurro al oído: sé que buscas las palabras perdidas. Y Edeltraud asiente satisfecha, risueña, medio tímida.

Observo su última libreta abierta encima de la mesa. Tiene apuntado asuntos pendientes de resolver. Jamás había llevado un seguimiento por escrito de las tareas cotidianas. De repente lo apuntaba todo o casi todo.

No logro descifrar algunas frases incomprensibles. Más de la mitad de las hojas están en blanco. En una página alcanzo a leer: *no me fio.*

La pérdida de memoria no fue repentina. Al principio parecían despistes; no traía la compra prevista o se dejaba atrás la cartera con dinero y las distintas tarjetas. De forma paulatina se sucedieron pequeñas y grandes lagunas.

La cuidadora me alertó de su descontrol cuando sorprendió a Edeltraud conversando delante del espejo: se miraba con cautela. *Encuentro a las dos, a ella y a la otra que me observan, me escrutan como si quisieran ponerse mi vestido, mis gafas, mis labios y mis ojos. Sus bolsillos cuelgan igual que los míos. ¡Y sus caras, sus caras tan parecidas a la mías,* le dijo.

A la cuidadora le llamaba la atención su facultad para expresarse y su aptitud para la invención. Pero a pesar de aquella lucidez aparente, mi madre no tardó en sufrir un deterioro crónico y progresivo. También en el lenguaje.

Se desconcertaba con frecuencia. A modo de ayuda le colgué unos meses antes de mi última visita unas pocas indicaciones cerca de la puerta principal. Edeltraud divisó el cartel pegado en la entrada: *llevar las llaves y bajar la basura*. Retrocediendo en dirección a la cocina encontró las llaves en el cenicero de cristal donde se había acostumbrado a dejarlas al regresar a casa.

En distintas ocasiones llamó la cuidadora al cerrajero para cambiar la cerradura. *¡Quién sabe si le siguen y algún día le roban, señora! Los tiempos que corren no son los de antes.* Edeltraud, calma y con absoluta parsimonia le contestó *antes sabía al menos cuál era mi sitio*.

Una vez se incorporó lentamente avanzando hacia un lado, hacia el otro y de pronto se paró en seco. Cruzando la mirada con la suya le preguntó: *«Y yo, y yo, ¿qué hacía yo ahora?»*

Otra tarde se adentró la cuidadora en el comedor. —*¿Cómo llegaste hasta aquí?*— vocalizó dubitativa, pero sin alterarse.

A mí me causaban inseguridad y pavor sus continuos retrasos de memoria, presenciando de reojo cómo se iba acelerando su incapacidad para valerse por sí misma.

No se mostraba enojada ni agresiva. Como si el envejecimiento no encerrara miedos, como si la vida no pendiera de un hilo, se conformaba con cualquier señal de cariño. *Buenas noches, noche, decía*. Acurrucándose bajo las sábanas no exteriorizaba síntomas de preocupación, ni se volvía inquieta o irritable. Tal vez por ese motivo regresé a la ciudad más tranquila, aunque añorando retornar pronto para permanecer junto a ella.

Cuando me enteré de la muerte de Edeltraud, me sentí culpable. No estuve a su lado y me reprochaba mi cobardía y egoísmo. Tenía que haber asistido al menos al entierro. En lugar de hacerlo, intenté dejar a Arnau al margen de Edeltraud.

—¿A qué vienen esos nervios?

—¿Por qué me lo preguntas si te importo un comino?

—¿Ya qué viene eso ahora? ¿Acaso no tienes lo que necesitas?

— ¡Qué sabrás tú acerca de lo que yo necesito!

—¿Te levantaste hoy con la pata izquierda? Ya se te pasará, y ¡ojito con lo que dices! Cada vez te pareces más a una *Trockene Rosine* (pasa seca).

— ¡Déjame en paz! Por Dios, Arnau, ¡déjame en paz!

No sé de dónde saqué esa fuerza para plantarle cara.

Aquella tarde me avisaron de su fallecimiento. Sin embargo, no asimilé de entrada la notificación.

Recuerdo cómo me acerco a mi alcoba con cierto aire solemne. Arnau merodea por el pasillo y me propongo aparentar normalidad. Y lo consigo.

La vida de mi madre se halla todavía en una espiral y mi estancia junto a Edeltraud no se ha detenido.

Me veo con el cuerpo crecido y con ojos de niña. Dos mundos habitan en mí. El presente y la infancia se estrechan la mano. Distingo el olor del pasado, la luz brillante de entonces, el empuje de antaño.

Arrastrando el cordón umbilical hasta mi cuarto, cierro la puerta con una leve vuelta de llave. Cerco el terreno para evitar que Arnau husmee y averigüe lo ocurrido.

Y todo acontece a cámara lenta: ella, echada de improviso moribunda en su lecho está cubierta con una manta mientras un dolor punzante en el pecho me impide respirar. *Se ha ido, se ha ido*, balbuceo amarga, desconsolada, y rompo a llorar. Me encuentro sola, muy sola, más sola, si cabe.

*La muerte no cede, juega sucio y penetra en su cuerpo. La muerte canalla y cobarde prosigue su camino de manera disimulada. El péndulo se balancea despacio. La muerte tirana no se compadece. Al contrario, se la lleva, se la lleva para siempre, anoté en el bloc.*

Le eché en cara a la muerte la pérdida de Edeltraud. Me ensañé con ella desahogándome un buen rato. Tras secarme las lágrimas abandoné la alcoba.

Cogí un libro simulando leer. ¡Lo único que me faltaba era que Arnau figoneara! Y si lo hubiera adivinado, seguro que le habría escupido en la cara la rabia que me carcomía por dentro. Y por qué no, a lo mejor, esta vez habría podido dar por finalizada nuestra relación.

El azul del cielo se iba apagando por la rendija del ventanal. Sin embargo, yo lo veía negro, cada segundo más negro.

La noticia de su muerte me cogió desprevenida. La neumonía encharcó los pulmones, complicándose el diagnóstico. Aún así, Edeltraud no merecía alargar ningún minuto más la

enfermedad del olvido. Ignoraba cómo volver sobre sus pasos y no me reconocía. No se acordaba de lo que ocurrió ayer o antes de ayer.

¿Le valía la pena ganar en precisión o por el contrario ser más imprecisa?

La cuidadora me mantuvo informada casi a diario. Edeltraud durmió plácida hasta el final. Contemplando las manecillas del despertador, como si deseara despedirse, tenía la expresión perdida, pero una actitud sosegada y estoica. Esa era la imagen, la apariencia, que dio hasta dos días previos a morir.

Se marchó sin hacer ruido. Es más, estoy convencida de que se dejó ir. *La claridad*, decía ella, *es para los que todavía esperan algo al alba.*

El cuaderno posado en su mesa era el último que yo le había regalado. El resto de los diarios los mantenía en una caja protegidos del polvo y de la humedad. Los acechaba ocasionalmente para cerciorarme de que el material escrito permanecía allí. Los custodiaba sin prestarle más atención de la cuenta, porque si no me apenaba. Sabía que el destino había depositado en mí cualquier decisión respecto al contenido de esa caja.

Aquel domingo recogí la pequeña caja con los diarios de Edeltraud. Dedicué alrededor de una media hora a ordenar los escritos. Su muerte tan reciente me impedía centrarme en dicha tarea.

Permanecí de pie y ella sentada como de costumbre en la mecedora parecía situarse en un remanso de paz. Ante mi cerrada expresión ella iba relajando sus facciones. Y en mi fuero interno, su semblante sereno y manso, ay, me contagiaba de su quietud y compañía.

*No quiero que mueras*, susurré. Edeltraud ya estaba muerta.

Entre los cuadernos descubrí un papel suelto. En él estaba apuntado un nombre, Miklós Radnóti, y detrás, frases sueltas de uno o varios poemas:

*la luna hoy luce tan redonda, y en el patio de la fábrica se revuelca un perro pastor,...*

*y allí está el parque, la huella de los viejos amores,...*

*y el sabor a miel y arándano de los besos en mi boca,...*

*y aquí la piedra que puse al borde de la acera  
para que el maestro no me preguntara,  
la piedra que ahora piso,...*

*¿Ves, amada? Aquí hasta la fantasía sólo así cobra alas.  
Nuestros cuerpos magullados serán disueltos por el sueño hermoso, liberador,  
y entonces todo el campo emprenderá la marcha...*

No me sorprendió el poeta, porque Edeltraud lo había nombrado en nuestros encuentros y había aludido a aspectos de su vida. Pero el hallazgo del papel suelto sí me reportó, ignorando por qué, un

indefinible consuelo. Radnóti me acercaba a Edeltraud, como un bálsamo aplicado a una herida abierta.

¿A qué se debía aquella cercanía? Miklós Radnóti: judío, su madre y un hermano gemelo murieron durante el parto, y su padre pocos años después. Obligado a realizar trabajos forzados, recluido en un campo de concentración, fusilado...

Un año y medio más tarde, entre muchos cuerpos descompuestos, consiguieron identificarlo al encontrar en el bolsillo de la chaqueta un cuaderno de notas con sus últimos poemas.

¿Presenció a Edeltraud y al poeta tratando de hacerse confesiones mutuas?

Él, dueño de un lápiz y un cuaderno, escribe, escribe casi sin ver, mas escribe. Y ella, detallándome las páginas arrugadas, que no descoloridas, sobreviviendo al poeta, se incorpora y con un timbre dulce parece advertirme: *hija, no es necesario una bola de cristal para adivinar las amenazas. Sin embargo, la niebla no aplasta jamás a quien sostiene sin titubear y con firmeza sus ansias.*

¿El miedo a fracasar no aboga directo al fracaso? ¡Quién sabe!, pensé, con cierta desenvoltura y naturalidad.

Me reconfortaba leyendo las libretas y las cartas de mi madre. Edeltraud me devolvía de nuevo, a la calma:

Ensayo de futuro (extraído de un diario)

*«Si alguna vez adviertes que hablo sin sopesar palabras o ladeo la cabeza al compás de una palmera despeinada; si alguna vez ya no tiemblo de noche y mis ojos otean el vacío encariñados con la nada, no temas por mí.*

*Si alguna vez adviertes que ya no preciso disimular muecas ni gestos por si acaso, y si es preferible y se me antoja oler a hierba húmeda y no seca, o derramar paciente prisas malgastadas, no desesperes.*

*Me hallarás quizá pensando en las musarañas y deshaciendo el peso del pasado en un viaje liviano y cómodo de vuelta.»*

Me fascina la capacidad de Edeltraud para liberarse de cualquier eventualidad pesimista. Tenía unas convicciones sólidas, unos ideales a los que aferrarse. Lograba eludir cualquier pensamiento negativo destrabándose de incógnitas irresolubles.

*Poco importa, cuando ya pasó, a pesar del inmenso dolor y del varapalo.* Edeltraud estaba refiriéndose en ese momento a la muerte de su hermano. Como si ella no fuera una de las perjudicadas se dirigía a mí realizando una declaración con llaneza pero no exenta de cansancio. Mostraba una habilidad envidiable para manejarse en temas conflictivos. *La idea permanece, hija;* me viene a la memoria su forma de decirlo. *Pero algunas veces hay que desnudarse del pasado, sobre todo cuando no existe la posibilidad de reclamar lo perdido.*

Evitaba regocijarse en tragedias. ¿Y para qué dramatizar lo imprevisible?

Me consuela comprobar cómo no le dio un tono patético a la vejez, porque de nada sirve desgarrarse por algo que no está bajo control y acabe haciendo mella, daño.

Hallé una similitud entre «ensayo de futuro» y mi última visita a Edeltraud. Un parecido en cómo gesticulaba, cómo se sonreía y cómo se deleitaba en la nada.

Me llamó la atención el término *ensayo*. ¿No es verdad que cuando algo nos ronda, se planifica en la mente, se imagina con tanta exactitud, en realidad ya ha ocurrido? El futuro desaparece, se ve con tanta claridad que es como si estuviera sucediendo.

¿Y si se tratara de esperas a la llegada de algo o de alguien? Valdría la pena prolongar el disfrute en el entreacto.

*Lo que ha de venir, vendrá con mayor o probablemente con menor encanto:* palabras de Edeltraud.

*Se busca a una mujer de piel clara y pelo castaño, cuarenta y cuatro años, estatura 1,69m, delgada, un lunar en el cachete izquierdo, con unas gafas de montura azul, redondas y graduadas. En mayúsculas y negrita: DESAPARECIDA. Debajo, el número de su teléfono.*

En mi mente visualizo ese anuncio en los periódicos, en las estaciones de guagua y metro de su ciudad. A lo mejor acompañados de una fotografía. Seguro que escoge, entre mis fotos, una fea, mal retratada.

Hace lo necesario para enterarse de cosas que no le incumben, para sonsacarle la información al revisor de la estación de trenes. Aporta mi nombre y apellidos, mi carné de identidad. Y si el revisor alude a la ley de protección de datos, presenta el libro de familia y el estado civil *casado*. Ansioso, aturdido.

Con un mapa va trazando a lápiz un océano que se extiende por una ciudad quieta. Y lo va descubriendo todo, hasta mi zozobra, desamparo.

Se le antoja concebir Kracovizek con cierto parecido a mí, y se vuelve más arisco, serio, convencido de invadir este sitio, de estar presente, como grumos indisolubles en el aire.

Lo veo aparecer en cada esquina, con un abrigo negro, y resuena su voz, a modo de eco, adivinando cada uno de mis atajos. Rastrea. Vaga por las calles enseñando su ceño fruncido, astuto, repugnante. Se sienta en el café más cercano a mí. Y no perdona ninguna de mis dudas, ¿deudas?, como Dios ¿dios? tampoco se las perdona a sus deudores. Mientras, rezo muerta de miedo «más líbranos del mal, amén». Aunque no sea creyente, ni atea.

Lo busco y no lo encuentro. Tengo la impresión de que podría estar detrás de aquel seto, agachado, sin un punto débil. Pretende sorprenderme, in fraganti, y comprobar impasible cómo tiemblo de nuevo.

El gris emerge en medio de aquel susto. Tiñe sin premura las hojas pequeñas y medianas de las plantas, los maceteros y sus flores, el picón del parterre. El color gris se despliega disparejo y desigual en las nubes y en la tierra, en el banco donde estoy sentada. En el parque no hay nadie más: yo, y ¿Arnau?, ¿oculto tras el seto?

El cielo se nubla y las sombras se expanden a mis dos lados. Me siento insegura. Se aceleran las pulsaciones y tengo taquicardia, me cuesta respirar, como si me fuera a ahogar, a desmayar. El corazón late muy rápido. Un nudo amarra mi tráquea. Se intercalan escalofríos y calor. Estoy a un tris de que me dé un ataque de pánico. Los he sufrido antes. Me aprieto la garganta ahuyentando la angustia y desvío el pensamiento a la caída del agua en un barranco.

Una mosca se posa en mi brazo. Examino inmóvil las alas transparentes y sus patas como hilos negros y finos. Apenas distingo sus ojos, su boca. Se limpia frotándose con los labios, ¿o con la lengua? ese cuerpo diminuto. ¿Tienen las moscas lengua? ¿Dónde caben tantos órganos en ese tamaño

minúsculo? Con millones de moscas que hay en el mundo, ¡qué poco conocemos de ellas!

Me conmueve ese animalito tan chico, el afán de sobrevivir en la adversidad. ¡Cualquiera podría aplastarlo! Ahí está, jugando con sus patas, y ahora, se echa a volar.

Es posible que lo sucedido en el parque guarde alguna conexión con determinadas novelas o relatos que he leído. Tal vez con alguna película. O no.

Rememoro, a mi pesar, a personajes decidiendo ubicarse en otra ciudad distinta a la suya. En una búsqueda minuciosa de huellas consiguen averiguar cómo era la vida de una madre, la de un padre o la de un amigo muerto, enfermo o mal herido.

Unos cogen un avión o se suben a un barco y se plantan en el aeropuerto incluso de otro país.

Aunque cualquiera de las relaciones se haya roto temprana o tardíamente, emprenden continuos viajes para sonsacarle información sobre alguien a la nueva geografía, al entorno, a las actuaciones que precedieron al suceso. ¿Rescatar algún contacto extraviado?

En realidad no me importa el mapamundi de aquellas ausencias. No estoy interesada en el recorrido que hacen, como tampoco lo estoy respecto a la reconstrucción de aquel retrato de un amigo a través de sus movimientos. Lo único importante es que ellos adivinan con pelos y señales, valiéndose de rastros, inclusive el domicilio de un muerto, de un vivo.

¿Es posible que Arnau actúe del mismo modo?

¡Podría estar cavilando cómo dar conmigo y seguirme la pista!, y yo, tonta de mí, creyendo que él continúa tras la verja, rascándose, alrededor de las pulgas, mientras riega las flores marchitas, secas.

Le pregunto (resentida y con ademanes bruscos) *¿por qué, justo tú, Arnau, preparas el equipaje?* En mi mente no obtengo ninguna respuesta.

Alguien puede intentar comprender quién era su madre después de una infancia mágica y un abandono. Otros tratan de reconciliarse tras superar desavenencias. A Arnau, en cambio, solo le preocupa, le obsesiona, hundirme, en resumidas cuentas, en un balde de mierda.

Recobro la imagen de aquella cabina telefónica. Destaca entre dos árboles en una plazoleta. Parece decirme *usted no inventa historias extrañas*. La puerta está abierta, reluciente, como recién lavada. El listín telefónico amarillo contiene páginas nuevas, muy blancas.

*No he olvidado el número de su teléfono, susurro. Aún no, por suerte, por desgracia.*

Titubeo. Enfrente un señor le saca brillo a otros zapatos. Me hallo en un aprieto, con necesidad de solucionar algo sin que nadie me observe, aparentando normalidad, laxa en mis intenciones, relajada.

En su interior hace mucho calor y en esos momentos pienso qué pasaría si me quedara allí encerrada, si no consiguiera salir por mis propios pies. Me entra el pánico y la idea de su revancha me frena.

De forma automática extraigo las monedas del monedero. Ardo sofocada.

Marco las siete cifras. Atiendo antes al prefijo de anonimato que me facilitaron para impedir que él adivine la ubicación de la cabina.

La señal de llamada se reitera en mi oído. Un eco lejano me devuelve mi propia voz al otro lado de la línea: hola, en estos momentos no podemos atenderte. Deja si quieres tu mensaje. *¡Maldito contestador! Y este cabrón sin modificar nada.*

Me siento como la válvula de una olla a presión.

*Caramba, claro, repito. ¡La hora de la siesta!* Levanto el auricular y marco de nuevo. Cuatro veces seguidas y a continuación él contesta con un timbre somnoliento, enfadado. Cuelgo despacio y el cable tenso se afloja.

Me regodeo en despertarlo. He averiguado por fin lo que necesitaba. Arnau está en su casa.

Despierta llevo mis pensamientos a otro sitio muy lejano. Saboreo el helado de vainilla cubierto con chocolate caliente así como el olor de las manzanas al horno que preparaba Edeltraud los sábados.

Nada más levantarme me preparo unas tostadas y las unto con mermelada de fresa. Es festivo y la ciudad amanece tranquila, sin bullicio callejero y circulan pocos vehículos.

Saco la libreta con la portada azul de Edeltraud. En la primera página me llama la atención un título escrito en mayúsculas *TELARAÑAS CUELGAN DE LA RAZÓN*.

Procedo a su lectura:

Telarañas cuelgan de la razón  
En un paisaje de ceniza absorta;  
Ha pasado el huracán de amor,  
Ya ningún pájaro queda.

Tampoco ninguna hoja,  
Todas van lejos, como gotas de agua  
De un mar cuando se seca,  
Cuando no hay ya lágrimas bastantes,  
Porque alguien, cruel como un día de sol en primavera,  
Con su sola presencia ha dividido en dos un cuerpo.

Ahora hace falta recoger los trozos de prudencia,

Aunque siempre nos falte alguno;  
Recoger la vida vacía  
Y caminar esperando que lentamente se llene,  
Si es posible, otra vez, como antes,  
De sueños desconocidos y deseos invisibles.

Tú nada sabes de ello,  
Tú estás allá, cruel como el día;  
El día, esa luz que abraza estrechamente un triste muro,  
Un muro, ¿no comprendes?,  
Un muro frente al cual estoy sólo.  
Debajo, el nombre del poeta Luís Cernuda.

Releo el poema. Desconozco el contexto y cuándo lo escribió L. Cernuda. Lo percibo desolador y ante mí desfilan imágenes de un huracán arrasando con todo, nada queda en pie. Una auténtica devastación. Y en medio de ese vacío, del derrumbe y las cenizas reaparece con insistencia un único culpable: Arnau.

Subrayo la tercera estrofa *Ahora hace falta recoger los trozos de prudencia..., recoger la vida vacía y caminar esperando que lentamente se llene...de sueños desconocidos y deseos invisibles*. Esta vez resurge la voz enérgica y con fuerza de Edeltraud. Y como si se tratara de una premonición, aprecio cómo el poeta y mi madre se han confabulado.

**Junto a Arnau lo había perdido casi todo, excepto a mis personajes. Me dediqué de manera frenética a la lectura, como evasión. Leer era lo único que me salvaba.**

Cada esfuerzo para aminorar el aburrimiento solo servía para aumentar la angustia. Sin reparar en ello construí dos mundos paralelos. El real y el imaginario. De un modo progresivo la literatura contribuía al alejamiento de la mediocridad doméstica y de la rutina, del fastidio y la monotonía. Leer implicaba una actividad vital y liberadora y en el entretanto se interrumpían ciertos miedos.

Retenía las historias que iba leyendo y los distintos personajes tardaban en desvanecerse en mi cabeza. No contaba con otras distracciones y en ese ámbito Arnau no podía inmiscuirse. Era un terreno exclusivo mío.

—*No es bueno leer tanto, Hannelore*. Arnau hizo esa observación, más bien para sí, después de revisar los diversos objetos del estante.

—*Y no es bueno estar tan sola*, añadí al cabo de un rato.

Si la memoria no me falla, se cumplía nuestro sexto aniversario.

Abandoné a Arnau y los libros. La lectura me nutría pero asimismo me devoraba. Envuelta en la soledad de mi habitación y en el aislamiento, la literatura era una escapatoria, pero no una escapatoria perfecta. Me convertí en algo así como una monotemática. Y no por inclinación hacia un único asunto. Eso, visto desde fuera, podría sonar hasta ridículo.

Acababa una novela pero yo seguía identificándome con alguno de los protagonistas. Los textos saltaban de sus páginas, las circunstancias y personas se adentraban en mis sueños como pesadillas. Temí que sus voces hablaran en mi mente.

La lectura desmesurada y excesiva encerraba —en mi situación— un lado perverso. Se establecía una relación entre los escritos y yo que no era ni momentánea ni coyuntural.

Las cosas no suceden siempre como se imaginan y la línea entre lo que se supone y no se supone se iba adelgazando. Cuando en un libro caía nieve, a mi lado nevaba, podría afirmar, por ejemplo, aunque suene exagerado.

No me importaba que Arnau me llamase bibliómano (en masculino). Coleccioné libros durante dos décadas y tenía una predilección obsesiva por los mismos. Arnau me obsequiaba con ellos al principio, regalándome de cuando en cuando nuevos títulos.

La literatura me permitía despegar los pies del suelo y ocupar buena parte del tiempo con la lectura. Es imposible cubrir sin nada tantas horas de cada uno de los días, de cada una de las semanas.

Me obcequé con algunos personajes, como otros se obsesionan con los ruidos, o como Nietzsche con las frutas y Kant con la taza de café.

Los escritores tienen extrañas manías sin las que no podrían escribir. Y los que no somos escritores, sin las que poder vivir.

Miedos (extraído de la libreta de Edeltraud):

- Miedo a que habite en la noche un duelo aún más negro,
- a despegar y que disparen a mitad del vuelo,
- a identificar el cuerpo de un caído en ningún accidente,
- a que se lo lleven y jamás regrese,
- a que la ciudad se hunda y desaparezca para siempre,
- a ver una patrulla de policía enfrente,
- a escuchar un grito desesperado de auxilio,
- a unos ojos exhibiendo el espanto con el movimiento de sus pupilas,
- a presenciar cómo caminan dormidos a oscuras, cavando, sin saberlo, sus tumbas,
- a no poder hacer nada, nada de nada.

No acabo el listado y me aparto de la hoja. ¿A qué se debía aquella enumeración de miedos? Desconozco si los seleccionó durante o después de la guerra, si los expuso en caliente o no y por orden de preferencia.

No obstante, Edeltraud, q.e.p.d., en lo concerniente a los miedos insistía: *el miedo nos esclaviza. Pero tampoco es cuestión de vivir como si nunca fuéramos a morir.* Afrontaba las dificultades con la cabeza alta. No se achicaba así como así. Y a quienes huían de los problemas o se dedicaban a halagar para obtener algo a cambio, los llamaba con determinación *cobardes o adulones.*

Reparo en la frase subrayada “*a no poder hacer nada de nada*”. Noto su impotencia frente a la guerra, un sentimiento como quien no sabe dónde se encuentra, o sí lo sabe, pero ignora la casilla de salida.

¿Habría pensado Edeltraud alguna vez igual que Stefan Zweig? ¡Hitler ganaría la guerra! Él estaba convencido. Cansado de su exilio, acorralamiento y desolación, decidió suicidarse junto a su mujer, Lotte. Ocurrió en Brasil.

Había vagabundado por otros países. No merecía seguir viviendo como una sombra en Nueva York ni en ningún otro lugar. Seguía de cerca, angustiado, las noticias sobre los avances nazis. Le regaló a un amigo su máquina de escribir. *Puedes quedártela como un regalo. Ya no la necesitaré más,* le dijo. Unos días después, un criado encontró los cadáveres del matrimonio tendidos sobre su cama: Stefan Zweig, con una corbata oscura, anudada, y Lotte recostada sobre él con un kimono y sin ropa interior. Sobre la mesilla, unas monedas, una caja de cerillas y un vaso vacío. *Saludo a mis amigos,* escribió Zweig en su carta de despedida, antes de suicidarse. *Ojalá puedan ver el amanecer después de esta larga noche. Yo, demasiado impaciente, me voy antes de aquí.*

Es probable que Edeltraud, como otros muchos, se estremeciera por el rumbo que tomaba un pueblo aplaudiendo a ciegas la defensa de la pureza racial y el derecho al exterminio. Y peor aún, vivió en su propia piel la muerte de su hermano, Gustav, y de otros amigos. A un vecino de mi madre lo detuvieron y se tiró del tren en marcha.

*Aprendí a tener presente a los demás, a ser consciente de la tragedia colectiva. ¿Quién le dio alas a la locura de Hitler? Toda Alemania se había vuelto ciega y sorda;* rememoro esas afirmaciones de mi madre antaño así como cuando mencionaba la voluntad de no desandar el tiempo y dejarlo avanzar con aire limpio.

A pesar de los pesares confío y espero no equivocarme, que Edeltraud no creyó nunca que todo se fuera a ir a pique.

Vivir en periodo de guerra, hospedarse a diario en un territorio que ya no te pertenece, con puertas bajo llave y plazas vacías.

Andar pendiente del último parte de guerra clamando al cielo para que no citen a ningún ser querido.

Una niña se acuesta, pide un cuento (tal vez de los hermanos Grimm) y se queda dormida. Su rutina son los bombardeos, cantar entre escombros, salir a esconderse (¿jugando al escondite?) en un Keller.

Detrás de cada caído hay un nombre, una historia, y un miedo que persiste, unas veces lánguido, otras, agudo, muy agudo.

Están cada mañana en esa guerra, inmersos, envueltos. No, no aparenta ser una devastación perpetua, a pesar de que todo esté destruido, destrozado, de que los deporten, a ellos, (los prisioneros), no se sabe a dónde y acaben, más temprano que tarde, en una fosa común.

Nadie va a devolverles la vida. La historia está escrita con miedos que preceden a otros miedos, con miles de cadáveres y muertos. ¡Y la muerte preocupa siempre! Y ellos transitan el espacio como subidos a una ruleta rusa, albergando la esperanza de que en algún instante se detenga, no la vida, sino esa ruleta.

Las llamas arrasan el ajuar de los sueños, mientras las ventanas tiemblan. Las pupilas vacías ruedan por la carretera.

Los vecinos no comparten los sucesos, tampoco las tragedias. Permanecen encadenados por el miedo. El miedo al chivatazo, a las represalias, a pagar caro un comentario sincero.

Un policía infiltrado en el bando contrario actúa como el agente doble de una novela policiaca, entre la muchedumbre inquieta y atemorizada.

Un denunciante anónimo acecha a alguien, un informante simula estar en un sitio de paso, y el día a día se desenvuelve en un ambiente de sospecha de todos sobre todos, en medio de traiciones y espionajes.

Las confidencias de los soplones y delatores husmean como perros en los bordes de las esquinas, de los portales. Aguzan el oído, un oído fino, en las horas inocentes e ingenuas, con tal de no perderse cualquier revelación resentida, rebelde, contrariada.

Y entonces no es oportuno pronunciar palabras ni sentir necesidad alguna de hablar. Porque nadie está al tanto de nada, o sí, al tanto los unos de los otros, y no queda otra que mantener la calma, la apariencia de normalidad, estrechando el círculo de amistades y de familiares, por si acaso. Tomar precauciones y estar atentos a cualquier despiste, no sea que sin darse cuenta, así sin más, sea por siempre y para siempre tarde.

Aquí no pasa nada. No, no es verdad. Están dentro de la película y forman parte de cada una de las escenas. Y ahí, no hay nada que llorar, salvo la maldición de una guerra y sobrevivir minuto a minuto en ese miedo, con ese miedo, intentando que no se amplifique el miedo del miedo, el miedo al miedo.

Sentada en el borde de un muro, yo aludía con frecuencia a la época de guerra. Ampliando el paisaje que se alongaba delante de la casa —la de mi infancia—, modificaba el escenario moviendo las piezas. Podía recrear versiones diferentes, más sangrientas, menos sangrientas.

Si hoy me asomara por el ventanal de la casa de mi infancia no sabría a qué atenerme. Nada iba a ser como lo recordaba, ¿o sí?

Tengo una percepción nebulosa de lo que era aquella ciudad en mi recuerdo.

Mi infancia y juventud se mecen en esa geografía rodeada de viviendas adosadas con tejados impermeables y en lo alto una buhardilla.

Crecí entre algodones y nunca percibí que el agua me llegara poco a poco al cuello.

Con franqueza, hoy dudo de si tenía derecho a preocuparme tanto por mí. En medio de la desgracia, de la miseria y del hambre de millones de personas, ¿qué importan mi infelicidad y desesperación?

Solo me aburría desde que me levantaba hasta que volvía a acostarme, y esas horas detenidas, y a mí solo me apetecía mirar al techo, o abrir, leer un poco, cerrar, abrir otra vez un libro.

Solo me despertaba vestida de miedo y me dormía vestida de miedo. Nada más que eso. Nada más, ¿digo?

De repente me entran unas ganas súbitas de llorar. Ese llanto repentino, ¿es un llanto de princesa si lo comparo con otros llantos? ¿Acaso me he dedicado a mirarme sin más el ombligo?

*No se puede ir contra los tiempos, Hannelore. Una cosa es vivir la guerra y otra muy diferente, narrarla, me había soltado Edeltraud en una de mis visitas. Una cosa es ponerse en el lugar de otro y otra es sentir como propios acontecimientos ajenos. Señalando complaciente su plato de comida y el mío estuvimos un rato calladas. Edeltraud no dejó de comer ni de sonreír.*

*«No quisiera, ay, sentir cómo cae pesadamente sobre mí un nubarrón que tiñe de luto el cielo. Porque es bueno cambiar de aires, el aire, y regresar a la mirada de niña de entonces.*

*No quisiera, ay, agachar la cabeza y decir siempre que sí, porque ahí debajo hace tanto frío,*

*cansa y aburre.*

*Es preferible despejar la niebla espesa, el paisaje mustio, sombrío y lleno de barullo. Tan solo levantar el velo y atisbar los sueños tan blancos como las nubes. Y descubrir su ligereza, la suavidad, los diversos contornos, lenguajes tan distintos.*

*Sin parpadear, o quizás un poquito, tomar nota, e intentar un vuelo, esta vez bajito”.*

¡Cómo se las ingeniaba Edeltraud para enhebrar el pasado y el presente de una forma armónica, sin fisuras! ¿No valdría la pena indagar en los detalles cuando todo ha terminado? Estoy segura de que ella contestaría: *depende, depende de si las conclusiones sirven para algo. No es bueno torturarse en balde.*

Esgrimía con frecuencia el derecho a vivir y a morir en paz. En periodos bélicos y no bélicos. *La confrontación no sirve de nada, hija.* Se refería a confrontarse cuando es baldío o por una estupidez.

Una de sus virtudes era la templanza (la medida, una de mis carencias). Aguardaba el momento preciso para reaccionar o actuar, porque tres más uno no es igual que dos más dos, a pesar de que la suma arroje un mismo resultado.

Cuando se producía la llegada, nadie conseguía que parase, empeñada en salirse con la suya. Sin provocar daños en vano, discerniendo lo importante de lo trivial.

Releo esas frases breves del diario de Edeltraud y es como si me las hubiera dirigido a mí. Me cansé de agachar como una tonta la cabeza y decir a todo que sí.

Mis ojos fijan la atención en sus palabras, en su ahínco por alejar y quitar cualquier bruma de en medio. Reparo en ese modo tan sutil que Edeltraud tiene de sacudirse estériles quebraderos de cabeza. Y me entran ganas de mirarme desde fuera, y me siento segura y despreocupada, y capaz de afrontar sin rechistar el devenir.

Tengo la sensación de conversar con mi madre: no hay seres inútiles, sino los que se hacen o los que hacen a otros inútiles. Estoy decidida. Ya no hay nada que me detenga, Edeltraud.

Echo en falta cómo me observa sosteniendo los párpados caídos, su letra redonda, la voz deslizándose entre líneas, esa manera extraña de agarrar el bolígrafo.

Añoro oír cómo se desquita el sentimiento de venganza *porque es mejor cuando ya no te afecta, susurra, cuando no sufres por ello, cuando no les detestas por cederle el paso a la indiferencia.*

Extraño sus dedos revolviendo mis cabellos, cómo ojea el periódico y afirma *estos mal informan cualquier noticia*, sus frases hechas como *todo lo viejo no asusta, no es bueno vivir miedosos ante el porvenir; por venir; su coletilla claro, cariño.*

Todavía estoy a tiempo de reanudar mi vida, en Kracovizek, sin hijos de por medio, le digo, porque no me gusta la gente cobarde, no me gustan las mujeres complacientes que siempre dicen que sí, continuo, y agrego: porque he de aprovechar, Edeltraud, sí o sí, esta nueva oportunidad.

Madrugó. Kracovizek amaneca perezosa. Me encamino hacia el hotel. Mitad ausente, mitad resuelta.

En la recepción espera Pierre, un hombre de mediana edad y muy delgado. Ambos nos repartiremos pronto los turnos. Él va a trabajar por lo común de mañana y yo de tarde.

Pierre habla de las distintas tareas como recepcionista y del derecho a ocupar una habitación. Yo ya lo sé. Antes de partir leí las condiciones del contrato laboral.

Asiento con la frente gacha y él da unas pequeñas indicaciones más. No pretende ser inoportuno. Me hace entrega de las llaves y del contrato deseándome la bienvenida.

*Gracias, muchas gracias*, respondo, y él se ofrece a hacer conmigo un recorrido por las inmediaciones.

La mancha se posa en el horizonte gris confundiendo los nubarrones espesos colgados del cielo. Como si intentara seguirme a todos lados, se aproxima, se mueve y no pasa de largo. Aprieto enérgica los párpados. Al abrirlos, resurge algo similar a una telaraña flotando en el campo visual. Él permanece callado, mientras yo avanzo a un ritmo rápido, más rápido. *Es la mancha*, balbuceo sin pensarlo.

—*¡Qué manera tan extraña de comportarse!*—, oigo decir a Pierre mientras atraviesa el pasillo del hotel.

Él contempla desde la barra cobriza cómo salgo de la recepción. Parece ver cómo me detengo un instante, como si acechara temerosa a los transeúntes que se acercan por mi derecha y mi izquierda.

—*Usted emprende la marcha en cuanto se asegura de no se sabe bien qué*—, me suelta en una ocasión.

Es cierto. Me lanzo a la calle tratando de pasar desapercibida. Siempre con el miedo a cuestras, como doña Irene. ¿Y si me cruzara con algún conocido? Ella, no obstante, actúa con precaución y es previsora. Planifica puntillosa las citas con el joven músico. Nadie le quita ese primer miedo y su impaciencia, como tampoco la posibilidad de disfrute.

Se disfraza para no ser reconocida, varía hasta la forma de gesticular y de moverse para que no se descubran sus secretos.

Cuando la situación se tuerce presumo que su marido no se enfada sino se impone como objetivo recuperarla. Y a ella, entretanto, lo único que le preocupa es guardar las apariencias y simular normalidad, porque teme perder a sus hijos, a su marido.

Imagino su posible aparición. Cuando las sombras ocupan el vestíbulo, me aseguro de que no hay nadie detrás ni delante de mí. Temo tropezarme a Arnau, de pronto, en el recibidor.

Al clarear el día desayuno en un café cercano. Luego subo a la habitación. Cierro la puerta con dos vueltas de llave. Al principio permanezco horas allí encerrada y Pierre piensa que huyo de la justicia. En ningún caso le ronda la idea de denunciarme. *Aquí estás a salvo y a la gente buena se le nota en la cara*, afirma Pierre.

Oscurece. Paso noches en vela. Sobre el papel pintado del cuarto se abren huecos y se filtra la mancha. Aquella figura amorfa se extiende invadiendo el espacio. Se desplaza en la oscuridad campando a sus anchas. Va y viene. Toma una ruta y rehace el trayecto en sentido contrario. Antojadiza y soberbia, como la petulancia de Arnau.

**Me olvidé y no me olvidé de la comisaría. Me viene a la memoria aquella espera bajo la luz opaca y cómo me flaqueaban las piernas. No hice ninguna declaración, no pude, me sentía muy minúscula.**

¿Se comportaron los agentes en verdad tan intransigentes? Me asaltan dudas, puesto que el pasado se ha enfriado, se ha derretido como el hielo en un cubo de plata. Sin embargo, estoy en condiciones de aseverar que tenía la percepción de encontrarme en un lugar peligroso. No estaba en mi país y me hicieron tomar asiento en una sala. Desde allí les escuchaba reírse como si estuvieran bebiendo copas en un bar o contando chistes en corrillo. En ese ambiente afloraron la desconfianza, una

intranquilidad y un miedo impreciso.

La vestimenta y su andar militarizado, ¿no me trasladaron a vivencias amargas de Edeltraud? No, visto en perspectiva sería escudarme en ella para justificar mis flaquezas. Edeltraud no manifestaba ninguna sensación claustrofóbica o de cautiverio que, en cambio, sí motivaron mi retirada con tanta precipitación.

¿Temía a lo mejor que cuestionaran mi versión o que se enterara Arnau? Podrían estar compinchados con él. Al fin y al cabo, detrás de un policía hay un hombre e ignoro si las cosas de hombres quedan entre ellos.

Fui vestida de miedo creyendo aceptar aquel reto personal: denunciar. Y a la primera, me rendí.

Los agentes no se molestaron en averiguar ninguno de mis motivos y se mostraban distantes y fríos.

Yo, en cualquier caso, lo había percibido de esa manera. Tuve un mal presentimiento: nada iba a discurrir conforme a lo ensayado.

Desde la distancia me comparo a menudo con Edeltraud y ahora pongo de relieve su seguridad y sus certezas. Yo, incluso en un contexto más favorable, enseguida me acobardo.

¿Se puede haber coleccionado tanto miedo para acabar siendo solo miedo? ¿En dónde me perdió el miedo? ¿En qué momento?

Rebobino mi mente, como si fuera un disco duro almacenando datos. Lo reinicio de forma reiterada para intentar no omitir ningún detalle.

Rememoro la vida de mi madre y caigo en la cuenta de que mis miedos son egoístas y, por qué negarlo, un tanto frívolos. Y aunque me cuesta admitirlo, me siento mezquina, bastante mezquina, muy mezquina.

Ahora no alcanzo a discernir la inseguridad que me atenazó en aquel medio hostil. Me reclamaron pruebas y sometida a un interrogatorio encogía los hombros y no contesté a ninguna de las preguntas. Fui incapaz de reaccionar y desistí.

La mañana despierta soñolienta. La claridad bosteza adentrándose sigilosa por la terraza. Vencida por el cansancio me desvelo despacio y arrebuja bajo la colcha oigo el trinar de los pájaros. Mientras me enderezo, creo distinguir el rostro de Arnau, ¿o quizás lo vi cualquier otra mañana?

Recuerdo cómo retiro vehemente el empapelado viejo del cuarto. Decidida y entusiasta lo despego partiéndolo en pedacitos. Los introduzco en la bañera y con la humedad empequeñecen. Limpio y raspo con una espátula la cal. Bajo liviana la escalera. Compro pintura de color azul añil.

Pierre observa mudo, y yo diría que asimismo complaciente, mis movimientos. Se ríe cuando le hablo de las erres guturales, cuando le digo que me siento extranjera en ese país y también en el mío. —*Ya verá que no será para tanto*—. Pierre habla en un tono amable.

—*¿Y qué ha sido de la mancha?*

—*Ya no la encuentro en todas partes*, contesto.

Desde el hostal se divisa un bosque. Con el viento se mecen las ramas igual que unos brazos extendidos. Una lluvia de aire y de hojas revolotea fuera.

En el horizonte flota tenue de nuevo aquella mancha gris. Parece alejarse. Parece no querer disolverse.

No soy yo quien dibuja sobre el asfalto negruzco su silueta alargada bajo mis pies. La culpa es de aquella farola encendida derramando luz cuarteada en las aceras.

La noche queda envuelta en calma aparente y la figura desfila a corta distancia al compás de mis pasos. Imita cada movimiento y gesticula con los puños, los cierra y los abre, copiando uno tras otro mis actos. Tal vez le suplica algo a alguien o prefiere que no le salpiquen al oscuro los olvidos.

Yo sacudo el cuerpo en un intento por deshacerme de su compañía molesta y, además, entrometida.

Quizá aquella sombra, aquel perfil andando a trompicones, quiere igualarse a mí en velocidad y no perderme de vista.

Es posible que yo busque mi juventud convencida de hallarla en el mismo lugar donde la dejé. Cuando los recuerdos buenos van menguando insisto para retenerlos y que no desaparezcan.

De nada vale decir pude haber hecho, tal vez hubiera hecho, debería haber hecho, parece afirmar el contorno de mi acompañante que se proyecta en el suelo.

Le llamo *incordio*, *eres un incordio*, pero permanece vigilante y al acecho y sin darme cuenta pierdo hasta el derecho a réplica.

Me veo mirando hacia arriba implorando a no sé quien no sé qué.

También allí diviso su rostro y al contemplarlo descubro perpleja que también es el mío.

Al anoecer he salido a pasear por Kracovizek, por primera vez. Me invade una sensación de asombro inusual.

Un murmullo se desprende sin ningún signo de flaqueza. Bajo este cielo encapotado me percató de que por fin sé y puedo cuidar de mí.

Una tarde del mes de marzo. Han transcurrido siete semanas desde mi llegada a Kracovizek.

Pierre juega con el posavasos, se enciende un cigarro, aspira profundo y saca atropellado el humo por la nariz. Yo solicito un café y dos chupitos de amaretto.

—*Usted ya no cierra los postigos de la ventana*, comenta restándole importancia. Acojo su observación con una actitud condescendiente.

—*¿Le he contado ya que mi mujer no apaga la luz hasta no verme llegar a casa?*—Normal, le respondo, y esta vez soy yo quien le resta importancia.

Le pido al camarero otros dos chupitos y Pierre extrae otro cigarro de la pitillera. Luego, dos chupitos más, y dos más. Mientras, charlamos de boberías, y eso es lo que en realidad me gusta.

—*Me fui. Así, sin avisar*, le suelto. Noto como él descansa con suavidad su vista en mi cuello.

—*De lunes a viernes los días se sucedían con la monotonía de una rueda. Giraban sobre sí mismos tan uniformes que cada uno de ellos parecía ser el original de la copia del anterior. Los sábados y domingos fregaba los suelos hasta sacarles brillo. Limpiaba cocina, baños, estanterías, armarios..., con tal de que el tiempo avanzara.*

Pierre sostiene su barbilla con los dedos recogidos.

—*Me arrancó de forma paulatina todo. Me dejó sin nada de él a lo que amar, pero con todo a lo que odiar. Y yo me encerraba en mi cuarto y leía, leía, solo leía. Procuraba no salir de la alcoba para no oír cómo me ponía pegas, para no soportar sus insultos. Cuando introducía la llave en la cerradura se desataban los miedos, y yo deseando que se le quedara dentro, atascada, y que no lograra desencajarla...*

Pierre hizo un amago de consolarme. En ese momento y al darme cuenta de que ni siquiera hice una pausa para tomar aire, le digo: *llevo demasiado tiempo callada y hablando sola en mi cabeza. Lo siento. De veras, me siento ridícula.*

Él se muestra risueño. —*Usted no se marchó por gusto*—afirma taxativo. Le hace señas al camarero y pide dos nuevos chupitos.

*La búsqueda obstinada de la seguridad, esa permanencia expectante antes de que algo suceda, adelantarse a la adversidad aleatoria, sentir inquietud sin motivos... no solo paraliza estúpida y pasivamente a la gente sino que mata cualquier esperanza, desvía perspectivas.*

*Se contratan seguros de hogar por si la casa sufre un accidente o derrumbe, seguros de vehículos, de salud y de enfermedad. Se articulan garantías para la vejez, se anticipa el pago del entierro y de la tumba.*

*Los que tienen pertenencias firman testamentos para afianzar la herencia a sus hijos, a sus nietos y bisnietos.*

*Cualquier tragedia acontece fuera, lejana al portal y no se le concede importancia a preservar y defender la Vida, pero sí a defender su propia vida, protegerse de la Vida. Y una vez en calma procede respirar plácidos y acomodarse al devenir —que no debacle— de una era, ahora sí, todos asegurados hasta las cejas.*

*Sin embargo, Hannelore, y sin ánimo de contradecirme, frente a una indefensión cabe el amparo y no adaptarse a ningún compás de espera. Frente a cualquier vejación física o moral, tolerancia cero.*

*Ningún seguro del planeta te rescata o socorre cuando pides auxilio. La seguridad, hija, la llevas dentro. Y la seguridad no se mendiga.*

Releo esta carta de Edeltraud y no me produce, en este momento, una impresión de fracaso y resignación. Al revés. Sus palabras han estrechado los lazos —todavía más si cabe— que me unen a ella. La encuentro más cerca que nunca. *No ando desorientada, Edeltraud, y llevo conmigo la brújula que me entregaste.*

Siento correr la sangre por mis venas.

¿Una madre lo intuye todo? Edeltraud no se había equivocado. *Me atreví, Edeltraud, y crucé la frontera. La seguridad no se compra y no consentiré más limosnas.* Es mi cabeza la que ahora le narra con mesura aquello que le oculté. Esta vez sin desazón y sin reticencias.

No sé. Quizá le deba mis disculpas a doña Irene. O sin quizá. No cabe esgrimir el argumento *me ataba el nudo del miedo*, ni siquiera en circunstancias adversas. Porque ella no es responsable del daño causado por Arnau ni de que él me diera a entender que yo no valía para nada. En cualquier caso, siempre existen razones para el miedo y también para el suyo. Y cuando de sentimientos se trata no hay que entrometerse si no me incumben.

Las capas del miedo, tan personales e intransferibles, muestran distintos semblantes: el peligro, la inseguridad, las amenazas, la incertidumbre... y nadie está autorizado para censurar el temor individual a lo conocido y desconocido.

Le he faltado el respeto a doña Irene. No he considerado ningún punto de inflexión entre el mundo de las apariencias y la realidad o ficción. He ido escribiendo versiones subjetivas y antojadizas de su intimidad actuando de forma compulsiva e irracional. ¿La utilicé como soporte frente a mi cansancio y a mi fragilidad?

Habríamos podido prestarnos ayuda mutua, reforzando nuestra capacidad de elección, sin compadecernos la una de la otra, un trato entre iguales, ella convencida de que yo estaba equivocada, sin enjuiciarme, intentando sacarme de mi aislamiento. Y yo, con la consideración y el debido decoro, conviniendo que no se movía por ambición y que no le debía explicaciones de nada a nadie.

Lo escrito, escrito está. No existe ninguna justificación para difamarla de ese modo tan pueril y atávico. Aún estoy a tiempo de retirar mis reproches y mis apreciaciones puritanas, cualquier acusación cargada de moralina y maniqueísmo.

Yo, que tanto he enaltecido el derecho a la presunción de inocencia, me dispuse a desprestigiarla recurriendo a descalificaciones tópicas y manidas. ¿Adulterio?, ¿aventura?, relación clandestina,...

He ridiculizado su manera de proceder, mientras ella asustada temía que se desmoronara todo lo que había construido con tanto esmero, que por cualquier razón —no desearía adjetivar esta vez su razón— se pudiera ir al traste algo tan importante para ella.

¿Quién me ha concedido el privilegio para juzgarla?

¿Quién me ha dado el consentimiento para convertirla en un personaje de mi novela?

Admito que he traspasado la frontera que separa la templanza y la imprudencia.

Hago todo lo posible por no emplear un discurso retórico, con la intención de medir cada palabra que pronuncie. ¡Cuánta habilidad requiere rectificar! Sobre todo, si se realiza a destiempo.

Todavía hoy, en esta ciudad tan diferente de las otras, suelo tropezarme con rostros que me resultan familiares. Los veo llegar a lo lejos y no son extraños. Muchos tienen un parecido a primera vista idéntico a personas conocidas del pasado.

Los identifico con seres casi siempre queridos o a quienes estimo. Algunos podrían estar muertos, pero aquí reaparecen vivos, como si pretendiesen ponerme a salvo. Y por suerte ninguno guarda relación con el entorno de Arnau. ¡Él sí que me habría puesto a prueba y en peligro! Y no iba a cesar en su empeño hasta verme fracasar.

Dos líneas paralelas entrelazan historias divergentes: una, intentando apartarme de las tinieblas, de los ruidos del miedo. Y me protege, me sostiene, me serena. Son esas caras que se cruzan a mi alrededor mientras las percibo antiguas y tan cercanas. Otra, tirando de mi brazo, como en la obra de teatro *el círculo de tiza caucásico* de Bertolt Brecht (similar al juicio de Salomón), hasta conseguir sacarme del círculo diseñado con tiza, a la fuerza, sin escrúpulos, aunque me rompiese, me partiera en dos.

Mi mente enfoca con torpeza ese escenario y localiza a Arnau, insistiendo, hasta el final, con las manos huesudas agarrándome enérgico y sin contemplación alguna.

Por fortuna en mi caso no se organizará ningún juicio para determinar cuál de las dos mujeres en estas dos historias podría salir ganando ni habrá juez que atribuya recompensa a nadie.

Las rectas paralelas, dicen, son dos líneas que mantienen la misma distancia y si se prolongaran hasta el infinito, nunca se tocarían. Es un motivo, desde luego, para la esperanza. Aún así, me fastidia que ambas apunten en una misma dirección.

No busqué participar en un asunto ajeno y menos en algo que no me incumbía. De no haber sido por el timbre de voz y su expresión alterada, aquella conversación no habría despertado mi interés ni tampoco mi curiosidad.

Las dos mujeres escogieron una mesa cerca de la mía para almorzar.

La muchacha más joven acaparó la atención de la otra, hablando sin parar. *Me siento igual que una estatua descascarillada. Con una diferencia: a las estatuas no las toca nadie...*

Ella iba elevando el volumen mientras su acompañante le hacía señas con las manos para indicarle que bajara el tono.

*Él es idéntico a un perro, oliendo y meando para marcar territorio. Se desnuda, defensiva, alcancé a comprender esas tres últimas palabras en medio del ruido. Seguidamente: igual que ropa usada, colgando de una percha.*

De fondo sonaba una música triste.

Se mordía las uñas contrariada.

La otra mujer le despejó el pelo de la frente pronunciando frases cortas con voz queda. Y ella se acurrucaba, emitía gemidos agudos.

*Estuve tentada de acercarme pero no lo hice, escribo en el bloc. ¡Qué difícil es lidiar con el miedo!, afrontar eso que la supera y la sobrepasa. Lo anoto ahora porque no tengo a quién contárselo.*

Allí permanecía yo, empatizando con la protagonista, mas sin contagiarme de su angustia.

Me sentí menos sola, con la percepción de haber desahogado algo, dispuesta a no doblegarme.

Fuera el calor apretaba y la televisión retransmitía un partido de fútbol.

A medianoche tal vez pasee por la habitación, ciega a la vista del resto, tranquila y confiada, en medio del delicioso vacío. Y entonces una plenitud sin nombre aparecerá desde la puerta entreabierta mientras los demás duermen.

En este entretanto rebrota la ligereza, sacudida de esas y otras interferencias que de cuando en cuando malogran llanas alegrías. Interferencias de una vida que por fortuna habita el pasado, que vuelven dosificadas repitiéndose como hábitos aprendidos e interiorizados: la manía de aguzar el oído detrás de la cortina del baño vigilando cualquier movimiento sin desviar la vista del espejo —ya fuera de la bañera— por si se refleja otra imagen diferente a la mía, de cuerpo entero. Y, sobre todo, permanecer alerta a cualquier ruido. Los ruidos, esos sonidos inarticulados, sin armonía ni ritmo, distintos a cualquier percepción auditiva placentera: el agua de una cascada o una suave melodía. Los ruidos, diferentes a la bulla exterior que incomoda, molesta e incluso irrita pero no asusta: el tráfico denso y los vehículos con las pitas, el taladro y las máquinas demoliendo un edificio.

Mención aparte merecen esos otros ruidos sibilinos, mensajes confusos adentrándose con voz propia y anulando la mía, difíciles de adiestrar y de controlar: un ascensor ascendiendo hasta el piso, un manojo de llaves que resuena a lo lejos y va menguando en la cercanía, unos pasos que se aproximan, alguien que toca el timbre y no alcanzo a reconocer por la mirilla...

*¡La culpa del miedo es también de los ruidos!*, advierto ahora, como si no me concernieran, con cierta indiferencia, a modo de reflexión y de forma objetiva.

Me hallo fuera de ninguna parte o dentro de cada una de ellas, allí donde se habla de la existencia de mundos paralelos que no entiendo pero sí percibo.

Las letras entre los dedos desprenden palabras, frases, subrayan, enfatizan, corrigen, tachan, borran, repiten. Y la mano no desea fingir una mujer diferente. Tampoco alentar recuerdos que no regresan. Sencillamente dejarse ir, pasear por la habitación con la puerta entreabierta y descubrir ese delicioso vacío.

Regreso de una cena con los nuevos colegas de trabajo. Tomé unas copas y la velada estuvo de lo más entretenida.

—*¿Le llamo un taxi? Yo me quedo un rato más.* Pierre ha estado muy pendiente de mí, como si hubiera intuido mi necesidad de protección.

—*Me vendrá bien coger un pizco de aire y así estiro las piernas.*

En realidad es Pierre quien necesita un taxi, digo divertida para mis adentros. Se tambalea un poco y alarga, pronuncia las palabras, con los labios algo cerrados.

Estoy indecisa sobre qué hacer. ¿Llamo al ascensor o bajo por las escaleras desde el sexto piso? Aprieto el botón, pero está averiado. *Mejor así. Empiezo antes a moverme para bajar la comida.* Desciendo peldaño a peldaño alegre y dando pequeños saltos.

Son las tres y media de la mañana. La ciudad duerme. Una brisa suave refresca mi cara.

Avanzo con seguridad por la explanada vacía. Hay pocas farolas encendidas y la luz amarillenta se va extraviando en la oscuridad. Continúo mi camino en medio de esa dimensión opaca.

Aunque no pueda aseverarlo, me da la impresión de que alguien camina a mis espaldas. Mis músculos se van agarrotando, se contraen y se tensan. Un viento frío se arremolina a mis pies.

Me asusta andar sola en las calles mal iluminadas, entre luces parpadeantes, y ahora, no me cruzo con ningún peatón y no circulan los vehículos. Los locales están cerrados y las terrazas recogidas.

De pronto me mantengo atenta a cualquier sonido. No bajo la guardia y sigo recto, sin doblar la esquina, para poder mirar hacia atrás. No importa que me desvíe algo de mi ruta. Sería peor dar la vuelta y que me sorprendiera una sombra en un visto y no visto.

*Debo perder el miedo. No va a pasar nada. Sabes que no hay nadie. Eres una mujer adulta,* repito, mientras busco impaciente la señal verde de un taxi libre en los distintos sentidos.

Me imagino una figura transparente con una gabardina negra colgando hasta sus tobillos. A cada pisada percibo un inexplicable escalofrío detrás de mí. No lo soporto más. Mi cuerpo está temblando, cuento hasta diez, y siento el impulso de salir corriendo. Me freno. Aquel hombre podría venir a por mí y me va a ganar en velocidad.

Vacilo. Es tarde para huir. ¿Podría tener ventaja si me lo tropezara en movimiento contrario? Medio pierdo el rumbo.

En mi desconcierto apuro el paso, después, retrocediendo unos metros, choco contra la pared.

Acelero de nuevo, disimulando, como si quisiera mostrarme firme y ahuyentar —o despistar— a quien se encuentra detrás. Al rato me giro levemente para identificar a quien me sigue. Repito el giro unas cuantas veces, porque la ausencia de luz no me permite distinguir a nadie.

El ruido de los zapatos de aquel hombre se mezcla con el ruido de mis propios tacones. Y estos me desequilibran. En el silencio de la noche se agudiza aquel taconeo golpeando el asfalto. Me detengo en seco. Reanudo la marcha.

Con el pretexto de recoger algo del suelo, acorto distancias. La silueta se acerca y ralentiza las pisadas. Se oyen sus suelas casi a mi lado. Y ahora, aquí está frente a mí. Prendo con fuerza los párpados. Contengo un último aliento, mientras los ojos, sin darme cuenta, se van aflojando: es una mujer.

Escucho la pesada respiración de ambas.

En ese momento me tranquilizo, experimento un gran alivio, pero noto cómo se refleja en su rostro el susto y el temor que yo había sentido. Descubro en ella las señales de alerta iguales a las mías.



ESTE LIBRO ESTÁ IMPRESO  
ÍNTEGRAMENTE EN PAPEL CERTIFICADO FSC.  
(PAPEL EXTRAÍDO DE EXPLOTACIONES DE  
BOSQUES SOSTENIBLES)  
EL USO DE ESTE PAPEL REFLEJA NUESTRO  
COMPROMISO CON EL MEDIO AMBIENTE.